

## RECENSIONES Y CRÓNICA CIENTÍFICA

VICENTE L. SALAVERT FABIANI; FRANCISCO PELAYO LÓPEZ Y RODOLFO GOZALO GUTIÉRREZ (2003): *Los inicios de la prehistoria en la España del siglo XIX: Juan Vilanova y Piera y la antigüedad del hombre*. Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación (CSIC-Universidad de Valencia). Colección "Clásicos Españoles de Historia de la Medicina y de la Ciencia". CD-ROM. Valencia.

Recientemente ha aparecido este CD-ROM que se enmarca en el desarrollo del proyecto titulado "Digitalización del Archivo Rodrigo Perregás y de las obras manuscritas, Biblioteca Médica Hispano-Lusitana y Biblioteca Quirúrgica Hispano-Lusitana, de León Sánchez Quintanar y la publicación de clásicos científicos españoles". Reúne dos facsímiles de dos de las obras más significativas de Juan Vilanova y Piera sobre Arqueología prehistórica española: *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre* (Madrid, Imp. de la Cía de impresores y librerías del Reino, 1872, 446 pp.) y su Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia que trató sobre *Protohistoria ibérica* (Madrid, Imp. A. Pérez Dubrull 1889, 136 pp.), con contestación de Antonio Cánovas del Castillo, presidente en ese momento de la Real Academia de la Historia. Asimismo, contiene un extenso estudio introductorio (150 pp.) realizado por Vicente L. Salavert Fabiani; Francisco Pelayo López y Rodolfo Gozalo Gutiérrez. En este estudio, hay un hipervínculo al facsímil del artículo de Vilanova "La cátedra de Prehistoria del Ateneo y su censor Revilla" publicado en *Revista Europea* en 1876, en el que se muestran los agrios debates científicos e ideológicos por los que tuvo que pasar Vilanova en su defensa de los estudios prehistóricos y de la forma en que los concebía.

Cada una de las obras está en archivos independientes en formato pdf, incluyéndose también el programa Acrobat Reader 5.0 para su lectura, por si éste no estuviese previamente instalado en el ordenador donde se van a leer los archivos. El CD-ROM se autoinstala fácilmente y funciona mediante un autoejecutable de Macromedia Flash Player.

Juan Vilanova y Piera (1821-1893) fue durante el último tercio del s. XIX el máximo impulsor de los estudios prehistóricos en España, al menos hasta la llegada de los hermanos Siret, cuyos descubrimientos empezaron a ser conocidos a principios de la década de los 80. Se podría considerar a Vilanova como el continuador de los estudios prehistóricos que, en España, se habían iniciado gracias a la labor incansable de Casiano de Prado (1797-1866). Vilanova fue uno de los científicos españoles más importantes del s. XIX, destacando en innumerables facetas, especialmente en

Geología y Paleontología, en las que en los últimos años se le está empezando a hacer justicia. Por el contrario, siempre se le ha reconocido su labor, no sólo dentro del ámbito científico sino también en amplias capas de la población, como prehistoriador por la defensa que hizo de la autenticidad y antigüedad de las pinturas de Altamira, cuando la inmensa mayoría de los prehistoriadores, tanto europeos como españoles, no las admitían. Sin embargo, su labor como prehistoriador español no se ciñó exclusivamente a este tema, fue también gran defensor de la existencia del "Mesolítico" como etapa intermedia entre el Paleolítico y el Neolítico; y de la "Edad del Cobre", como periodo intermedio entre el Neolítico y la Edad del Bronce. Además, representó un importante papel como divulgador de la entonces incipiente ciencia prehistórica, cuando ésta era atacada por la mayoría de los conservadores, que se mostraban especialmente combativos con el evolucionismo por el denominado "miedo al mono". Tampoco contó con el apoyo de la mayoría de los evolucionistas y progresistas, quienes frecuentemente recelaron de él, fundamentalmente por el conservadurismo militante de Vilanova. Todo ello explicaría muchos de los problemas a los que tuvo que hacer frente Vilanova a lo largo de su vida, pues fue atacado por conservadores y progresistas.

Nos podemos hacer idea de la trascendencia del contenido de este CD-ROM si tenemos en cuenta que hasta ahora no existía una publicación facsímil de las obras de Vilanova que en él se contienen, y de las dificultades que muchas veces hay para consultarlas. En este sentido, sólo podemos citar una excepción parcial, el facsímil que la editorial París-Valencia editó en 1995 sobre *Lo prehistórico en España* de Vilanova, que fue publicado en 1872 como separata del primer tomo de los *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural* y que no es sino un resumen del Apéndice sobre "Prehistórico Español" (pp. 346-443) que se encuentra en *Origen, Naturaleza y Antigüedad del Hombre*. Este Apéndice fue la primera obra de síntesis sobre prehistoria española, en la que el autor recogía y actualizaba las aportaciones que ya había realizado previamente y que se encontraban dispersas en numerosos artículos, escritos todos ellos en menos de diez años en periódicos y revistas tales como *Las Provincias*, *Las Novedades*, *Boletín-Revista de la Universidad de Madrid*, *El Restaurador Farmacéutico o la Revista de Sanidad Militar y General de Ciencias Médicas*. El grueso de la obra le sirvió para dar una panorámica de conjunto sobre la situación de los conocimientos que sobre Prehistoria existían en esos momentos en Europa.

La segunda de las obras, *Protohistoria ibérica*, es su discurso de ingreso en la Real Academia de la His-

toria. La escribió sólo cuatro años antes de su muerte dándose la paradoja de que Vilanova fue académico de la Real Academia de Medicina, de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y de la de Historia y justo de esta última academia a la que tenía más deseo de pertenecer, y quizás más méritos, fue la última en la que ingresó, ya pocos años antes de su muerte. La entrada de Vilanova hay que circunscribirla dentro del interés de Cánovas del Castillo de hacer una Historia de España al estilo de las historias realizadas en otros países, que sí englobaban los tiempos prehistóricos, teniendo como autores a los académicos de número de la institución. Toda vez que durante muchos años se había tenido exquisito cuidado en no admitir a ningún miembro que pudiera relacionarse con los estudios prehistóricos se buscó al más destacado en ese campo, es decir a Vilanova. Aún así, unos días antes de su recepción participó en el I Congreso Católico Español en el que Vilanova mantuvo una animada disputa con el Arzobispo de Sevilla, Ceferino González. Vilanova defendió la validez de los estudios prehistóricos frente a aquellos que las desdeñaban desde las filas eclesiásticas, logrando al final un cambio en la actitud del Arzobispo.

La elección de estas dos obras es muy afortunada, pues por medio de ellas podemos contrastar qué ideas mantuvo su autor desde el principio, es decir qué es lo que formó parte de su corpus ideológico más profundo y cuáles fue cambiando a través de los años. De entre los elementos que permanecieron inmutables podemos destacar: su conservadurismo impregnado de eclecticismo; el uso del término protohistórico con el que englobaba a todo lo que en la actualidad se clasifica como prehistórico y como protohistórico (con ello evitaba el problema terminológico existente aun hoy en día, por el que muchos denominan prehistórico al periodo que cubre desde que aparece el ser humano hasta la Edad del Hierro, mientras que otros utilizan el mismo término para hablar de aquellos momentos en los que el ser humano no poblaba la Tierra); y la defensa del autoctonismo, frente al difusionismo imperante en Europa y que se manifiesta en el alegato de la existencia de periodos intermedios como son el Mesolítico o el Calcolítico. Estos periodos, que la comunidad científica hoy acepta sin mayor problema, no sucedía así en Europa en la segunda mitad del s. XIX, sino de forma muy marginal, y de hecho Lubbock no admitió nunca el Mesolítico; y Luis Siret, por ejemplo, tampoco llegó a admitir la existencia del Calcolítico como paso previo a la Edad del Bronce, y eso que murió ya en el segundo tercio del s. XX, en 1934.

Como elementos en los que fue variando su forma de percibir la Prehistoria debemos destacar en primer lugar el uso de las estaciones-tipo, que en 1872 hacía tres años que Mortillet ya las había dado a conocer, y en segundo lugar el reconocimiento de la existencia del hombre terciario, que al principio aceptó entusiásticamente y que fue poco a poco descartando.

Un tercer elemento digno de comentario es la introducción que hacen Vicente L. Salavert Fabiani; Francisco Pelayo López y Rodolfo Gozalo Gutiérrez. Es-

tos tres historiadores de la ciencia ya han acometido el estudio de la figura de Vilanova en otras ocasiones, lo que sin duda se nota, pues hacen importantes aportaciones para el conocimiento de la figura del sabio valenciano contextualizándolo en la coyuntura política, científica e ideológica del momento. También en el campo de la Historia de la Arqueología merecen destacarse sus múltiples contribuciones, como la explicación de la ruptura de la colaboración entre Vilanova y Tubino a partir de 1875 tras la Restauración Borbónica. Por otra parte, plantean un buen número de elementos de discusión, algunos que comparto, otros, no tanto, pero que en cualquier caso enriquecen sobremanera el estudio de la figura de Vilanova y, a través de ella, el conocimiento de la ciencia y más concretamente de la Arqueología prehistórica de su tiempo.

Aún así se nota que ninguno de ellos es un historiador de la Arqueología, como lo demuestra el hecho de que aunque mencionan varias veces el cráneo de Neandertal y de su importancia, cuando hablan de "los restos encontrados en el valle del Neander" parece que asumen las tesis de Virchow sobre los mismos (p. 80). Asimismo, en contra de lo expresado por los autores, a pesar de haber escrito Vilanova en su *Manual de Geología* (1860-61) algunas palabras sobre los estudios prehistóricos que se estaban haciendo en Europa, no podemos decir que Vilanova fuera hasta 1864 un prehistoriador, como por ejemplo sí lo era Casiano de Prado y muchos otros en Europa. Y es que, a diferencia de éstos, en los primeros años de la década de los 60 Vilanova no buscaba activamente piezas que confirmaran la contemporaneidad de los seres humanos con especies animales ya desaparecidas. El cambio de actitud vino supeditado al que hicieron en 1863 geólogos de la talla de Elie de Beaumont a quien seguía fielmente en muchos de sus postulados. Por último, comentar que no se puede decir que la obra *Viaje científico a Dinamarca y Suecia* (Madrid, 1871) de Vilanova y Tubino fuese escrita en su mayor parte o en su totalidad por Vilanova (p. 55), ya que la introducción y las biografías que se incluyen al final se encuentran mayoritariamente en *Escritos prehistóricos* (Madrid, 1868) o en el artículo "Historia y progresos de la Arqueología prehistórica" (*Museo Español de Antigüedades I*: 1-21) que firma Tubino en solitario.

En suma, podemos decir que este CD ROM contiene el facsímil de dos de las obras sobre prehistoria más importantes de Vilanova, complementadas con un interesante estudio introductorio, recomendándose su lectura si se quiere profundizar en el conocimiento de la situación de los estudios prehistóricos en España en el siglo XIX en su contexto científico, social, institucional e ideológico.

**Mariano Ayarzagüena Sanz**

Sociedad Española de Historia de la Arqueología. IES Juan Carlos I

C/ San Francisco s/n. 28350-Ciempozuelos (Madrid)

Correo electrónico:

ayarzagüena1@mi.madritel.es

A. W. JOHNSON; T. K. EARLE: *La evolución de las sociedades humanas. Desde los grupos cazadores-recolectores al estado agrario*, Ariel Prehistoria, Barcelona, 2003, 451 pp., 13 figs., 9 tablas. ISBN 84-344-6695-3. [Traducción del original en inglés *The Evolution of Human Societies: From Forager Group to Agrarian State*, Stanford University Press, Stanford, 1987].

La serie editorial *Ariel Prehistoria* ha sacado al mercado la traducción en castellano de esta verdadera obra clásica de la antropología social y política, utilizada por sucesivas generaciones de arqueólogos europeos como manual sobre el que apoyar aquellos argumentos que requieren otras formas de mirar el registro arqueológico. En su versión actual, tres lustros después de su primera edición, es indudable la madurez alcanzada por el planteamiento teórico, notablemente aclarado y contrastado con nuevos casos.

A pesar de lo que en principio pudiera esperarse de un libro con semejante título, la obra que vamos a comentar no trata tanto de la evolución social de la Humanidad en toda su amplitud, como de una lectura de la misma a partir de una evidencia repartida en el espacio y en el tiempo, pero claramente centrada en las 'sociedades intermedias', es decir, en aquellas comunidades que *grosso modo*, no son ni grupos cazadores-recolectores ni formaciones prototributarias.

El volumen es fruto de la colaboración entre Allen Johnson, un etnógrafo especialista en grupos indígenas amazónicos, y Timothy Earle, un arqueólogo muy conocido en nuestro ámbito académico por sus estudios en torno a las sociedades de jefatura y la teorización sobre las estrategias de economía política en grupos preindustriales. La propuesta de ambos investigadores se basa en una concepción amplia de la materia que es objeto de la Antropología como Ciencia Social. Por ello, aunque la evidencia empírica en que se apoya su teoría pertenece a ejemplos etnográficos, su modelo explicativo puede aplicarse perfectamente a casos prehistóricos, y de ahí su flexibilidad y fecundidad, que invita a una lectura reflexiva por parte de los arqueólogos.

Se trata de una obra de síntesis y vocación divulgativa, donde se integran los recientes enfoques de la antropología económica con el neoevolucionismo social, en un ensayo que pretende ser, en expresión de los autores, una *ecología política* de las sociedades humanas. Es de justicia reconocer que la teorización sobre los procesos sociales explicados queda simplificada en este libro, pues en obras recientes se ha ampliado y matizado sensiblemente el argumento (Earle 1997, 2002). A grandes rasgos podemos esbozar que el complejo proceso de la evolución social es abordado por los autores desde las específicas dinámicas de la economía política, mediante el riguroso análisis de un conjunto heterogéneo de procesos sociales, precisamente aquellos experimentados por comunidades que presentan características ambiguas dentro de las tipologías evolucionistas al uso.

Tal empresa comienza con un capítulo teórico o Introducción, donde se condensa el modelo de funcionamiento social que será puesto a prueba en los si-

guientes apartados. Para ello resulta fundamental distinguir entre la economía de subsistencia, o satisfacción de las necesidades materiales básicas en la esfera doméstica, y la economía política, verdadera piedra angular de la obra, como conjunto de actuaciones complementarias de la anterior, y dirigidas a solucionar los problemas que trascienden el estricto marco familiar. El argumento parte de considerar que la economía de subsistencia se caracteriza por su estabilidad y conservadurismo, por lo que la evolución social ha de aprenderse desde los cambios, mucho más dinámicos, de la esfera política. Al tratarse de un trabajo evolucionista y de enfoque procesual, los autores han de construir una tipología que ordene y dé sentido a la evidencia, y en este sentido, la obra ofrece gran interés, pues se prescinde de los patrones o esquemas de clasificación al uso para ensayar uno propio, aunque lógicamente en sintonía con aquellos. En el libro se propone un esquema unilineal flexible, en el que cada entidad se establece según el grado de organización social y política de la economía, es decir, según modalidades transculturales de satisfacer las necesidades materiales (la economía de subsistencia / ámbito doméstico) y de codificar y formalizar la gestión de los problemas económicos a nivel suprafamiliar (o economía política). Con ello podemos apreciar un cambio progresivo en la concepción diacrónica de las sociedades humanas, pues si los primeros esquemas evolucionistas primaban los argumentos tecnológicos, como el de Thomsen (Edad de la Piedra / Edad del Bronce / Edad del Hierro) o el más perfeccionado de Lubbock (Paleolítico / Neolítico / Bronce / Hierro), progresivamente se han ido creando otros más genéricos, basados en argumentos sincréticos, aunque parciales, como los que encontramos en la actual bibliografía especializada, que atienden a las prácticas económicas y al grado de sedentarización (cazadores-recolectores nómadas / pastores y horticultores de azada semi-itinerantes / agricultores sedentarios) o al grado de integración política y económica (bandas / tribus / jefaturas / estados). Parece pues que la tendencia en la investigación ha desviado progresivamente su atención desde los indicadores tecno-económicos a los sociales, y concretamente hacia las formas de organización social de la producción, en sentido amplio.

Dentro de este marco intelectual, los autores, desde una perspectiva materialista y ecológica, consideran que la constante interacción entre la presión demográfica y el desarrollo tecnológico es uno de los principales motores del proceso evolutivo, pues al incidir en la producción de subsistencia marca la tendencia de las dinámicas del cambio. Si bien por la importancia concedida al factor demográfico y a las posibilidades y condicionantes del medio se trata de un argumento claramente funcionalista, expuesto con una excelente claridad conceptual, su desarrollo concreto aplica una matriz conceptual más amplia y crítica con el evolucionismo clásico, patente en cuestiones candentes como las diferentes formas que adoptan las estrategias de poder, en la línea de trabajo de Earle (1989, 1991, 1997).

El modelo teórico establece que la misma naturaleza dinámica de las sociedades precisa, una vez satisfechas las necesidades de subsistencia, actuaciones dirigidas a su conservación y continua readaptación a condiciones cambiantes, dando lugar a tres claros procesos interrelacionados, propios de la esfera supradoméstica. En primer lugar supone una intensificación, con varias modalidades posibles (comercio, nuevas tecnologías, cooperación para gestionar el riesgo, etc.), pues mientras la economía de subsistencia busca minimizar el esfuerzo invertido en cubrir las necesidades, el ámbito político requiere del imprescindible excedente que financie las instituciones comunitarias e intercomunitarias. Ello implica, en segundo lugar, un proceso de estratificación, pues emergen sectores que dirigen y coordinan tales instituciones y progresivamente se diferencian del resto de la comunidad. Junto a ello, en tercer lugar, se observa un proceso paralelo de integración, que trata de inhibir la tendencia de las unidades sociales autónomas a disgregarse. Las familias se someterán a los sacrificios que impone la vida comunitaria, y financiarán los costosos ceremoniales y festines competitivos mientras los beneficios de la participación en tales soluciones a sus dificultades superen el coste que supondría permanecer al margen.

Este denso modelo teórico se argumenta sobre diecinueve casos etnográficos, presentados en los siguientes capítulos, a los que se dedica el resto del volumen. Según el esquema evolutivo propuesto, los ejemplos se ordenan en tres grandes grupos, que corresponden a las tres partes en que se estructura la obra, esto es; el grupo familiar, el grupo local y la entidad política regional. Al comienzo de cada una de las partes se sintetizan las características sociales y económicas de los grupos inscritos en esa taxonomía, y se establece la correspondencia entre los procesos concretos que se presentan y el modelo explicativo general. Esta forma de plantear el problema permite apreciar que cada una de esas tres designaciones o categorías tiene su reflejo material en una dilatada variedad de procesos históricos concretos, es decir, cada uno de esos tres grupos contiene diversas posibilidades de evolución multilineal. Los casos particulares quedan subsumidos dentro de una categoría general, y el modelo teórico muestra su adecuación a un registro sumamente heterogéneo.

Resulta significativo al respecto, observar cómo los indicadores utilizados en otros esquemas de ordenación evolutiva presentan serias dificultades para establecer equivalencias reales, especialmente entre determinadas prácticas subsistenciales y los grados de evolución sociopolítica que se les suele asignar. Los casos etnográficos reunidos en esta obra, aunque seleccionados *ex profeso*, son así de difícil acomodo en los esquemas taxonómicos clásicos, sugieren plantearnos estas cuestiones de forma crítica y previenen contra asunciones simplistas y poco reflexivas. En efecto, las mismas estrategias económicas (caza-recolección, agricultura, pastoralismo), son tratadas como meros *tipos adaptativos*, empleados en sociedades muy diversas entre sí. De este modo puede concebirse que entre los cazado-

res-recolectores del Paleolítico Superior pudieran conformarse formaciones sociales con muy diverso grado de evolución sociopolítica, desde comunidades de nivel familiar, pasando por grupos locales o agregaciones de tipo 'gran hombre' e incluso jerarquías, dependiendo de circunstancias históricas concretas.

Un apartado muy atractivo del libro es el de contenido empírico, cuya lectura permite concretar las ideas aclaradas previamente, y donde se pone a prueba la validez de la tesis mantenida. En la Primera Parte los autores ofrecen cuatro ejemplos de grupos de nivel familiar, entre los que se distingue entre comunidades sin técnicas de domesticación (shoshone y !kung) y aquellas que utilizan pastoralismo u horticultura (nganasan y machiguenga). Estas sociedades de débil densidad demográfica y bajo nivel tecnológico, que utilizan los recursos de forma oportunista, se sustentan en unas relaciones de producción parentelares que sólo puntualmente superan el ámbito doméstico, y aunque el liderazgo es eventual y efímero, las manifestaciones ceremoniales pueden alcanzar gran complejidad, como probablemente ocurrió entre los grupos magdalenenses.

La Segunda Parte versa sobre las comunidades de nivel local, en gran medida equiparables a la categorías clásicas de tribu y jefatura, e incluye dos subgrupos que dan cuenta de la gran variabilidad de procesos polimórficos que presenta el registro social. Entre los grupos acéfalos se incluye a los yanomami, los esquimales de Alaska, los tsemba y los turkana, y entre las agrupaciones coordinadas por un 'gran hombre' se traen a colación los indios del Noroeste norteamericano, los enga y los kirguises. Se trata de grupos relativamente sedentarios y territoriales, con imperiosas necesidades de intensificación productiva (como muestra el uso de algunas tecnologías desarrolladas), una fuerte integración política entre las familias (que implica la construcción de instituciones sociales como el linaje y el clan), un liderazgo que coordina y persuade pero que no controla los medios de producción, y un extenso ceremonial que reafirma la identidad comunitaria. La presentación de esta amplia muestra de 'sociedades intermedias', pasa por valorar las muy diversas estrategias de emergencia del liderazgo en sociedades preclásicas, remarcando una vez más lo impreciso del término 'jefatura', tanto según criterios funcionalistas como marxistas. Haciendo una leve referencia al debate sobre realidades sociales que entrarían en esta categoría durante la Prehistoria reciente peninsular, hemos de indicar que ciertos enfoques críticos actuales precisamente tratan de evitar las limitaciones conceptuales del evolucionismo clásico, y enfatizan la posibilidad de admitir relaciones sociales de explotación no clasista dentro de sociedades agrarias segmentarias (p.e. Gilman 1995; Vicent 1998).

Parece muy adecuado el enfoque integrador que adoptan Johnson y Earle sobre el debatido asunto de la complejidad social. Los dirigentes son vistos a medio camino entre los trepadores/gánsters de Fried y los gestores eficientes de Service. Los autores opinan que las jerarquías responden a un poder otorgado por la

comunidad acuciada por la necesidad, pero que en frecuentes ocasiones estos individuos utilizan su privilegiada posición para beneficiar sus propios intereses. En esencia, se trata de una lógica similar a la que estamos acostumbrados en nuestra sociedad.

Por último, en la Tercera Parte se abordan aquellas sociedades políticamente más integradas y de producción subsistencial más intensificada, según una clasificación que divide los casos entre los cacicazgos (isleños Trobriand, grupos hawaianos y basseri iraníes), los estados primigenios (formaciones políticas de Francia y Japón medievales, imperio incaico) y el Estado-nación, con grupos agrarios campesinos (aparceros boaventureses, campesinos de Taitou y Kali Loro). La obra se cierra con un capítulo en el que se reflexiona sobre la aplicación de la tesis, mantenida para otras manifestaciones sociales, sobre nuestra propia realidad tardocapitalista o 'postindustrial'.

En definitiva, lejos de constituir un manual antropológico convencional, el ensayo de Johnson y Earle resulta una obra sugerente, de lectura amena y entre cuyas páginas se despliega una sólida aproximación teórica, cotejada con una sustanciosa muestra etnográfica. Su traducción al castellano redundará sin duda en un mayor conocimiento de su contenido. Como comprobarán cuantos se acerquen a este libro, el esfuerzo invertido en su lectura queda al finalizar el mismo sobradamente compensado.

EARLE, T. K. 1987: "Chiefdoms in archaeological and ethnohistorical perspectives". *Annual Review of Anthropology* 16: 279-308.

– 1989: "The evolution of chiefdoms". *Current Anthropology*. 30 (1): 84-88.

– 1997: *How Chiefs Come to Power. The Political Economy in Prehistory*, Stanford University Press, Stanford, CA.

– 2001: "Institutionalization of chiefdoms: why landscapes are built". En J. Haas (ed.): *Leaders to Rulers*, Kluwer Academic-Plenum Press, New York: 105-24.

– 2002: *Bronze Age Economics. The beginnings of political economies*, Westviews Press, Oxford.

EARLE, T. K. (ed.) 1991: *Chiefdoms: Power, Economy and Ideology*, Cambridge University Press, Cambridge.

GILMAN, A. 1995: "Prehistoric European chiefdoms. Rethinking 'Germanic societies'". en T. Douglas y G.M. Feinman (eds.): *Foundations of Social Inequality*, Plenum Press, New York and London: 235-51.

VICENT GARCÍA, J. M. 1998: "La prehistoria del modo tributario de producción". *Hispania* LVIII (3), 200: 823-839.

#### Antonio Blanco González

Dpto. de Prehistoria, H<sup>a</sup> Antigua y Arqueología

Facultad de Geografía e Historia

C/ Cervantes s/n. 37002-Salamanca

Correo electrónico: ablancoglez@yahoo.es

R MARTÍNEZ VALLE; V. VILLAVERDE BONILLA (coords.) (2002): *La Cova dels Cavalls en el Barranc de la Valltorta*. Monografías del Instituto de Arte Rupestre 1. Museo de La Valltorta-Tírig. 210 págs y 187 figs. ISBN 84-482-3333-6

Este libro ofrece una revisión del conjunto rupestre del Abric II de la Cova dels Cavalls. Un yacimiento con un relevante papel en la investigación del ciclo artístico levantino y, en la actualidad, acaso el más emblemático de la amplia concentración del barranco de La Valltorta. La documentación actualizada y el posterior análisis facilitan importantes precisiones en distintos aspectos, destacando acaso las referidas a las ampliaciones y modificaciones del dispositivo iconográfico. Al final del libro se ofrece una amplia discusión sobre los aspectos más abiertos en la actualidad en el campo del arte levantino.

La revisión de la Cova dels Cavalls forma parte de un proyecto de investigación más amplio, que pretende una aproximación al desarrollo de la Prehistoria y de la actividad gráfica en la zona Valltorta-Gasulla. El objetivo no estriba solo en el análisis interno del documento gráfico, detallado y actualizado metodológicamente, sino que también pretende abordar este en relación a las peculiaridades del territorio y al poblamiento prehistórico de la zona, apoyándose en este caso, más allá de la intención en abstracto, en un amplio programa de prospección y estudio de diferentes yacimientos y conjuntos rupestres de la comarca, actualmente en curso. Ambos aspectos, la documentación y análisis actualizados, y el contraste regional, son bien pertinentes en el campo de estudio de las artes prehistóricas peninsulares, y quizá más del arte levantino, cuya investigación tradicional a menudo se percibe algo escorada hacia una ordenación cronológica vinculada a los contenidos iconográficos, y apoyada en una documentación de campo muy desigual, en buena parte realizada a principios del siglo XX.

En coherencia con tal intento, esta primera entrega sobre la Cova dels Cavalls es obra de un equipo de investigadores, de experiencia muy contrastada en algunos casos, que afronta objetivos diversos en los sucesivos capítulos. Tras una Introducción de los coordinadores, referida al enmarque del trabajo y objetivos generales, R. Martínez Valle aborda la investigación y avatares del yacimiento, que, como en otros sitios más o menos emblemáticos, ha sido campo de batalla entre distintos posicionamientos y, también, grupos de poder. Son aquí de especial interés los procesos de degradación del dispositivo rupestre y, por lo positivo, los nuevos planteamientos y trabajos en curso a partir de la creación del Museo de la Valltorta, en 1994. Por su parte, P.M. Guillem Calatayud se encarga del estudio del marco geográfico y de una aproximación a la evolución del paisaje de la zona. Es un trabajo que, en varios aspectos, puede considerarse complementario de la información proporcionada sobre la Valltorta actual en los estimables capítulos iniciales del libro dirigido por R. Viñas en 1982, pero más

preciso y pormenorizado en lo referido a la conformación histórica de ese territorio y paisaje.

El contexto arqueológico regional, al que se enfrentan J. Fernández López de Pablo, P.M. Guillem Calatayud, R. Martínez Valle y R.M. García Robles, refleja el notable enriquecimiento arqueológico de una zona ya tradicionalmente densa en hallazgos (se ordenan hasta 44 yacimientos sobre el tramo superior del Riu de les Coves, en la depresión Tirig-Barona). Se trata de sitios de muy distinta entidad y categoría funcional. La información actual, que lógicamente es también muy dispar en lo referido al grado de conocimiento de esos yacimientos, se organiza sobre un esquema temporal que se apoya sobre todo en trabajos de J. Bernabeu: desde el Epipaleolítico microlaminar a la fase campaniforme y al bronce (y pasando por el Epipaleolítico geométrico, Neolítico I (antiguo y medio) y II (final y Eneolítico). Destacan los autores, en el poblamiento prehistórico de la zona, la relevancia de esa fase Neolítico II (anunciada por algunas novedades como el retoque plano, o las cuevas sepulcrales, en varios casos de inhumación múltiple), que muestra un claro incremento del número de yacimientos, especialmente de superficie, y de su variabilidad. Al tiempo, aprecian una mayor vinculación espacial con zonas aptas para el cultivo, y en proximidad de la Llacuna d'Albocàsser. Tales cambios, y los mismos contextos funerarios con inhumación múltiple, son indicativos de una mayor estabilidad en el hábitat, interpretada por los autores dentro de un proceso de colonización agrícola que, en breve plazo, implicará la ocupación efectiva y estable de ese territorio.

La relevancia de los conjuntos rupestres prehistóricos en ese territorio se ha incrementado con las prospecciones recientes (se apuntan otros 23 sitios con manifestaciones parietales en ese tramo superior). Al grupo tradicional de conjuntos se añaden ahora abundantes novedades de arte levantino. El estudio en curso de estos sitios apunta una amplia variabilidad en sus contenidos y caracteres, y una distribución espacial y patrones de ubicación más diversos que los valorados tradicionalmente (con una cierta polarización en el Barranc de la Valltorta). Los conjuntos esquemáticos son escasos, y hasta el momento al menos, un tanto peculiares en esa zona (no hay composiciones complejas, y faltan motivos característicos como soliformes y oculados...). Ello no favorece precisamente su evaluación temporal, como conclusión del ciclo levantino o como una expresión sincrónica, aún pendiente. Ese panorama artístico se ha enriquecido recientemente con otros tipos de conjuntos, como los abrigos rupestres con grabados de Abric d'en Melià, y otros dos nuevos: uno en la Rambla Carbonera y otro en el Riu de les Coves. Estos sitios, que empiezan a ser estudiados ahora, contienen pequeñas representaciones grabadas de zoomorfos entre 3 y 30 cm, de cuerpos alargados y estilizados rellenos con una suerte de estriado. Como posibilidad de más peso sugieren los autores su correspondencia con las poblaciones del Epipaleolítico microlaminar, aunque es un tema aún abierto. La zona aún depara otras clases de conjuntos rupestres:

cerca de Cova dels Cavalls se han hallado grabados al aire libre compuestos de cazoletas, paletas y canalillos, y otras clases de conjuntos (Mas de Narrabaes) podrían corresponder a episodios más tardíos, de la Edad del Bronce en adelante, según se sugiere.

Es clara la necesidad de una adecuada catalogación y análisis de conjuntos rupestres en una zona con tal diversidad, y no sólo para la evaluación del ciclo levantino. Algunas de esas categorías (los conjuntos de grabados como el del Abric d'en Melià) presentan un notable interés en el análisis de la variabilidad de comportamientos gráficos en esa zona, y en su engarce en la secuencia artística de la misma. E inciden en problemas más amplios, como el de la asimetría entre distintas regiones peninsulares en materia de comportamientos gráficos a partir de la disolución del arte magdaleniense. El interés de estas nuevas informaciones sobre los conjuntos artísticos, se incrementará con una discusión más amplia y un mayor esfuerzo de integración con el resto de yacimientos de la zona, que los autores enfrentan hasta donde parece hoy razonable.

El análisis interno del conjunto rupestre de la Cova dels Cavalls se inicia con un capítulo dedicado al proceso de elaboración de calcos (a cargo de I. Domingo Sanz y E. López Montalvo). En él se discute una incorporación sensata, e inusualmente pormenorizada, de procedimientos de tratamiento de imagen a partir de fotos digitalizadas al proceso de lectura e interpretación tradicional, o a la plasmación de "calcos". Un asunto sobre el que va aflorando, en los últimos años, un abanico de posicionamientos y soluciones prácticas (hasta donde llega nuestra información, los extremos de ese abanico se sitúan, de un lado, en las propuestas del grupo del CSIC, especialmente de J.M. Vicent, y de otro, en las de G. Tosello, del grupo de investigación de la cueva de Chauvet). Le siguen sendos capítulos centrados en la descripción de los motivos pintados (a cargo, además de los autores de los calcos, ya citados, de V. Villaverde y R.M. García Robles), y en el análisis de la composición y estilo del conjunto (al que se incorpora, además de los anteriores, R. Martínez Valle).

El inventario describe de manera consecutiva cada uno de los 97 motivos del Abric II, manteniendo, con algunos añadidos, la numeración de 1919. Los autores lo han centrado en la descripción formal e identificación temática, en las convenciones de animación y, quizá especialmente, en los problemas de conservación, que no son asunto menor en este yacimiento. El aparato gráfico que lo acompaña es notable. Se ha optado por la presentación de un calco por cada motivo particular, en tanto que su asociación con otras figuras en las diferentes agrupaciones se aborda en el capítulo dedicado a la composición y estilo, con ilustrativos montajes a partir de esos calcos particulares. Salvo alguna excepción, el calco de cada motivo se limita —con gran rigor— a indicar la forma, extensión e intensidad del pigmento en la actualidad, de manera que no añade mucho a las buenas fotos en color ofrecidas para cada figura. A nuestro modo de ver, habría sido de interés un mayor énfasis en la indicación de

líneas naturales y de suelo, aristas e irregularidades que han podido condicionar la representación, o la extensión de los desconches y otras alteraciones, que son aspectos tratados en la evaluación de cada motivo; y filtrar más adelante este tipo de información gráfica en los montajes que acompañan al estudio de la composición.

En cuanto al análisis del conjunto rupestre de Cavalls, las peculiaridades del ciclo artístico levantino empujan a los autores a centrarse en una descripción y evaluación de agrupaciones y escenas, esencialmente orientada a precisar los motivos integrados y a su lectura, y a definir los rasgos estilísticos y compositivos de las mismas. Ello les permite abordar con rigor uno de los aspectos de mayor interés en Cavalls, la existencia de distintas fases de construcción de esas composiciones, con una pertinente discusión ahora sobre el mantenimiento o modificación del sentido de las mismas. En algunas agrupaciones, varias superposiciones entre motivos y la diversidad de procedimientos estilísticos indican una adición compositiva en fases diferenciadas. A partir de criterios formales en la plasmación de la figura humana (proporción corporal entre tronco y piernas, grado de naturalismo / estilización, modelado y otros detalles), los autores proponen unas pocas variantes (sobre todo cercanas, respecto a los trabajos anteriores en el yacimiento, a lo planteado por Obermaier y Wernert), expresivas de distintas fases de construcción de los lienzos. Estos elementos secuenciales pueden facilitar una aproximación al desarrollo del arte levantino en esa zona geográfica en la medida en que se reconocen en otros conjuntos rupestres, en la actualidad más abundantes y mejor conocidos que en 1919 o 1982. La relativa escasez de representaciones animales en Cavalls, y el hecho de que casi todas correspondan a la conocida escena de caza, y sean a todas luces sincrónicas, dificulta vincular con precisión las variantes en la representación humana y su organización temporal, con las animales. Un objetivo que, mejor que en conjuntos rupestres concretos, puede ser más accesible en agrupaciones de yacimientos de carácter local o comarcal, y con planteamientos como los explicitados para los trabajos actualmente en curso en la zona Valltorta-Gasulla. En todo caso, no escapa a los autores, y es un aspecto de gran interés, el diferente alcance de las variantes en la representación humana y animal en el arte levantino de la zona.

Resulta lógico que los aspectos referidos a la descripción y lectura iconográfica actualizada de las distintas agrupaciones, y a sus ritmos de construcción, hayan polarizado el interés de los autores y de las conclusiones obtenidas. La contrapartida estriba en que quedan en sombra cuestiones como el contexto espacial del sitio o las condiciones del trabajo y procedimientos técnicos. Más en concreto nos referimos a aspectos como la accesibilidad del abrigo, amplitud de la plataforma sobre la que se trabaja (al modo en que la ofrecen Obermaier y Wernert 1919: fig.32 en p. 53, con indicación sobre el plano de la situación de las agrupaciones de motivos numerados), de su capacidad de albergue, criterios de selección de lienzos, posturas

de trabajo y alturas sobre el suelo, visibilidad u ocultación de la temática, tipometría, procedimientos de dibujo y aplicación del color (con pigmentos netamente diferentes en algunas figuras)... Todos ellos son aspectos a los que se alude en diferentes capítulos del trabajo, pero acaso merecedores de un tratamiento más específico.

En las Consideraciones finales, V. Villaverde y R. Martínez Valle ofrecen, a partir de la documentación de Cavalls y de otros conjuntos rupestres de la zona, una prolija, documentada y -para quienes observamos el asunto de lejos- esclarecedora discusión respecto de muchos de los aspectos más candentes en la investigación del arte levantino. Los autores, que en último término se preocupan más por la cronología del fenómeno, la posible compartimentación de su desarrollo en esa comarca, y su entronque cultural, parten de una revisión de los paralelos mobiliarios propuestos en los últimos años y de la documentación sobre superposiciones específicamente en el ámbito levantino, incluyendo los temas de componente lineal y carácter no figurativo infrapuestos a representaciones levantinas. Sin ánimo de resumir las múltiples facetas de la discusión, defienden la ruptura entre el ciclo levantino y otras artes anteriores de tradición paleolítica, exponiendo sensatas dudas respecto a la hipotética etapa inicial solo con animales. Reafirman la cronología neolítica del fenómeno levantino (incluidos probablemente los motivos en zig-zag infrapuestos en ocasiones), mostrándose proclives a considerar una larga trayectoria, a partir de la segunda mitad del VI milenio cal BC y hasta la primera mitad del IV (apoyándose en los paralelos arqueológicos con determinados objetos, y la misma variedad de formas de representación de la figura humana...), y que abarca pues la mayor parte de la evolución del Neolítico. Consideran que la misma temática y la distribución geográfica de lo levantino son acordes con su consideración como fenómeno subsidiario del proceso de neolitización de la zona, y obra de grupos "muy vinculados a la explotación de territorios en los que la agricultura debió desempeñar un papel marginal, y donde la explotación de los recursos silvestres adquirió un papel de primera magnitud". Esto es, se sitúan algo más cerca de la línea interpretativa que parte de autores como Fortea y Aura (1987), y luego Bernabeu (1999) -el grueso de la producción artística levantina se atribuye al sustrato de tradición epipaleolítica que se neolitiza-, o la misma P. Utrilla, que a la de quienes plantean, al menos en áreas más meridionales, un desarrollo vinculado únicamente con la evolución interna del Neolítico (Martí y Juan-Canilles 2002). Por lo demás, insisten de manera muy pertinente, como vía de superación, en la documentación actualizada, con atención a los ritmos de construcción de los dispositivos a partir del análisis estilístico y superposiciones, y en el análisis integrado con los modos de vida de los contextos arqueológicos en que se inscriben estos conjuntos rupestres.

La bondad y buen oficio de los contenidos se despliegan, finalmente, en una magnífica edición, acorde con la mejor tradición valenciana, que destaca por la

calidad del aparato gráfico (hasta 187 figuras, muchas de ellas subdivididas, incluyendo mapas, calcos, fotografías en color), entre otros aspectos. La investigación de base, y esa misma publicación son, finalmente, resultado de una inteligente colaboración entre diversas entidades de esa región: el Museu de la Valltorta, el Departament de Prehistòria i Arqueologia de l'Universitat de València y el Instituto de Arte Rupestre de la Generalitat Valenciana (Organismo Público Valenciano de Investigación); algo tan deseable como poco usual.

OBERMAIER, H. y WERNERT, P. 1919: *Las pinturas rupestres del Barranco de la Valltorta*. CIPP, 23. Madrid.

VIÑAS, R. (dir.) 1982: *La Valltorta*. Ediciones Castell, Barcelona.

### César González Sainz

Dpto. de Ciencias Históricas

Universidad de Cantabria

Edificio Interfacultativo

Avda. de los Castros s/n. 39005 Santander

Correo Electrónico: gonzalec@unican.es

M<sup>a</sup> SOLEDAD ESTREMER PORTELA (2003): *Primeros agricultores y ganaderos en la Meseta Norte: el Neolítico de La Cueva de La Vaquera (Torreiglesias, Segovia), Memorias, Arqueología en Castilla y León*, 11, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, Zamora, 320 pp. ISBN: 84-9718-129-8.

La Cueva de La Vaquera fue durante algún tiempo el único referente para el Neolítico interior. Caracterizado por cerámicas impresas, acanaladas y algunas aguadas a la almagra, el suyo se consideraba tardío y vinculado a los grupos andaluces (Zamora 1976). Se le unirían luego otros testimonios como el polémico yacimiento de Verdelpino. Desde entonces, el panorama del Neolítico de la Meseta se ha enriquecido considerablemente (no tanto el número de secuencias estratigráficas). Más antiguo de lo sospechado, con una considerable densidad de poblamiento, los paralelos de sus materiales se amplían a Extremadura o valle del Ebro. Que su origen sea fruto de una colonización habrá de ser confirmado ya que son posibles otras hipótesis para explicarlo.

En esta monografía se ha querido dar respuesta a los múltiples interrogantes planteados aún para el Neolítico interior, abordando la investigación de La Vaquera desde una perspectiva global e integradora y estudiando con igual énfasis que la cultura material, las evidencias relativas a la fauna, restos vegetales o fuentes de aprovisionamiento de materias primas. El resultado es un trabajo verdaderamente exhaustivo y de calidad que supera los límites de una memoria.

El capítulo I supone un breve recorrido por la investigación del Neolítico interior, que finaliza con la

revisión de las síntesis, noticias y excavaciones más recientes. En el II se exponen la situación estratégica de La Vaquera, en una zona de contraste entre el fondo del valle y la paramera, clave de la alta densidad de yacimientos existentes en sus cercanías, así como las distintas intervenciones practicadas en la cueva hasta desembocar en los Proyectos de los que da cuenta la memoria (1991-1995 y 1998-1999).

Los capítulos III a VII acometen el estudio de la documentación arqueológica, algunos de cuyos resultados han sido ya adelantados en artículos y comunicaciones a congresos. En primer lugar, se detalla la metodología seguida en la excavación y la estratigrafía documentada, que se extiende desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce. La cerámica neolítica, estudiada a continuación, muestra una evolución en sintonía con lo conocido para el resto de la Meseta. La decorada (con elementos plásticos asociados a motivos inciso-impresos) pasa de un 35% en la Fase I (Neolítico antiguo) a sólo dos fragmentos en la Fase III. La almagra, que supone un 20% en la Fase I, se reduce a un 2'3% en la II (Neolítico reciente). Los análisis de esta especie cerámica y la experimentación llevada a cabo han permitido defender una doble cocción para la almagra y, por ello, una filiación con los grupos andaluces. En la Fase III (Neolítico final o de transición), muy pobre en materiales, las cerámicas son prácticamente todas lisas, anticipando ciertas características de las calcolíticas precampaniformes. Ya el análisis de TL practicado en su momento a diversas muestras cerámicas de La Vaquera había proporcionado interesantes datos sobre su tecnología, aunque señalaba temperaturas de cocción más bajas (Arribas *et al.* 1988-1989).

La industria lítica tallada, fabricada mayoritariamente en sílex, muestra una progresiva evolución en el seno de una misma tradición lítica, dirigida a la obtención de herramientas cada vez más simples y estandarizadas en relación con el empleo de útiles compuestos. La colección lítica no tallada incluye hachas y azuelas pulimentadas y elementos de adorno (brazaletes y cuentas), muy escasos, así como útiles de ocasión: fragmentos y manos de molinos, además de cantos de cuarzo o granito. Algunos de ellos pudieron servir como fuentes de desgrasantes, algo sugerido también en estudios anteriores (Rubio y Blasco 1988-1989, 153). La industria ósea, fabricada sobre huesos de ovicápridos en buena parte, se compone de medio centenar de útiles (punzones y otros apuntados, sobre todo) y elementos de adorno de los que sobresalen dos anillos.

A partir las fechas de C14 calibradas de La Vaquera, M<sup>a</sup> S. Estremera indica que la economía productora llegaría a la Meseta con un ligero retraso, desde las regiones periféricas que actuarían como focos difusores. Estas fechas sitúan la Fase I entre el 5500 y el 4700 cal BC (4400-3900 a.C.). La II se extendería entre el 4600 y el 3600 cal BC (3900-2850 a.C.) y la III se situaría entre el 3500 y el 3000 cal BC (2900-2500 a.C.). Sin embargo, dataciones dadas a conocer en el III Congreso del Neolítico peninsular (Santander

2003) para yacimientos de Ambrona reducen considerablemente el desfase con las zonas costeras. En todo caso, éstas elevan considerablemente las de C14 (3700 a.C.)(Zamora 1976) y de TL (3032±336 A.C.)(Rubio y Blasco 1988-1989) ya existentes. Finalmente, el Calcolítico se dataría entre el 3300 y el 2800 cal BC (2500-2000 a.C.), documentándose entonces unas estrategias productoras verdaderamente consolidadas.

El modelo propuesto para la cueva en el capítulo VIII indica una ocupación de carácter estacional en los meses más cálidos del año, vinculada al pastoreo de ovicápridos y a la búsqueda de pastos frescos por comunidades dotadas de una alta movilidad y asentadas el resto del año en la campiña. La clave de la ocupación de La Vaquera radica en la disponibilidad de recursos que ofrece la confluencia de los valles de los ríos Pirón y Viejo y el fácil acceso a las fuentes de las materias primas básicas. El análisis polínico indica para el Neolítico una formación arbórea abierta y amplios espacios colonizados por matorrales de tipo arbustivo y espinoso. *Cerealia* y *Fabaceae* no aparecen hasta la Fase II de la secuencia (Neolítico reciente). Sin embargo, desde el Neolítico antiguo se documentan granos de trigos desnudos (*Triticum aestivum/durum*), dominantes en las tres fases, frente a los vestidos y la cebada (*Hordeum vulgare*). Las leguminosas (*Vicia* y *Lens*), escasas, se encuentran en un Neolítico Antiguo Evolucionado. Este tipo de restos no fue hallado en la intervención inicial de A. Zamora. El análisis antracológico, por su parte, revela la explotación de las especies más cercanas a la cueva con mayores ventajas como combustible (pino y roble).

Los recursos de origen animal fueron suministrados tanto por la caza como por la ganadería, a diferencia del absoluto predominio de ésta que se desprendería de estudio inicial de fauna llevado a cabo por E. Soto (en Zamora 1976: 35-47). La caza estuvo favorecida por la riqueza cinegética de la zona y por la especial situación de la cueva (control del paso de los animales por ambos valles y del abrevadero coincidente con el actual vado). En el Neolítico de La Vaquera parece darse un proceso de diversificación de la cabaña ganadera, siempre con predominio de los ovicápridos, orientada al consumo cárnico y a la producción de leche (¿consumo de productos lácteos?). El ganado bovino y porcino aparece avanzado el Neolítico.

Por lo que se refiere a las materias primas, y éste es un apartado de especial interés, M<sup>a</sup> S. Estremera cree que el sílex pudo ser recogido en afloramientos del N de Segovia o del valle del Duratón. Hacia la Fase III, otras materias primas (calcedonia y cuarzo hialino) se obtendrían en el SW de la provincia y en diferentes localidades próximas a la Sierra. La autora reitera que se eligió la posición centralizada de La Vaquera en la franja que bordea la vertiente norte del Sistema Central por las posibilidades de aprovisionamiento de las referidas materias. La Sierra no debió constituir una barrera para estas comunidades. La cercanía de muchos de los asentamientos a los principales pasos de montaña favorecería el intercambio de bienes e ideas entre los grupos neolíticos de ambos

lados del Sistema Central. En sentido parecido, nos habíamos pronunciado J. Barrio y yo misma (2002), a propósito de algunos yacimientos madrileños. M<sup>a</sup> S. Estremera propone que la cueva pudo ser uno entre varios hábitats estacionales utilizados de manera recurrente, trasladándose éste al exterior de la misma a partir de la Fase II, quizá al pequeño yacimiento de Fuente Nueva, datado en la transición del Neolítico al Calcolítico, situado en la otra orilla del río Viejo, prácticamente enfrente de la cueva.

El proceso de neolitización de la Submeseta norte se examina en el capítulo IX, enfatizando su antigüedad (primera mitad del V milenio para su inicio), pero también la escasez de estudios en profundidad y el desconocimiento del sustrato epipaleolítico. Éste impide a M<sup>a</sup> S. Estremera aplicar cualquiera de los modelos de neolitización que otorgan a los epipaleolíticos un papel activo. Sin embargo, sí lo hace en el caso del modelo dual, defendiendo una colonización de las tierras del Duero por pequeños grupos procedentes del País Valenciano, Andalucía y fachada atlántica portuguesa, portadores de todo el bagaje neolítico hallado aquí desde el inicio, que encuentran en el interior un amplio territorio virgen sin competencia con comunidades mesolíticas. Sería una expansión irregular y selectiva, seguramente por los valles de los grandes ríos y sus afluentes, motivada quizá por la presión demográfica. El que ocupó La Vaquera pudo ser un grupo de raigambre meridional, llegado por la margen derecha del Tajo y a través de los pasos de la sierra a las llanuras deshabitadas de la Meseta norte. El Neolítico interior sería el resultado de la fusión de prácticas e ideas importadas desde las citadas áreas, en un proceso rápido, ocupándose primero el reborde montañoso de la Submeseta norte para expandirse después por el llano. No obstante, se deja la puerta abierta a la existencia de eventuales procesos de aculturación que habrían de probarse con más datos sobre el Epipaleolítico, actitud muy prudente teniendo en cuenta los ya existentes que permiten esperar un catálogo más nutrido de yacimientos de este periodo, de forma similar a lo sucedido con los neolíticos, y que harían posibles otras explicaciones para la neolitización de la Meseta.

Esta visión del proceso se valora, en el Epílogo, como una de las aportaciones primordiales, pero también la documentación paleoambiental y paleoeconómica, complemento clave para el establecimiento del modelo ofrecido. Con todo algunas cuestiones quedan abiertas: la determinación de áreas de actividad en la cueva y de áreas culturales propias, entre otras. Finalmente, se incluyen el inventario de los materiales y los informes técnicos de los análisis practicados, además de la abundante bibliografía consultada que se refleja en la exhaustiva contrastación de los datos obtenidos en la cueva con los de otros yacimientos neolíticos peninsulares. En definitiva, la publicación de esta monografía supone un considerable esfuerzo y una importante aportación al conocimiento del Neolítico interior, contribuyendo a establecer matices en su evolución que ya se dejan entrever en la propia secuencia de La Vaquera.

- ARRIBAS, J.G. *et al.* 1988-89: "Datación absoluta por termoluminiscencia y análisis mineralógico de materiales arqueológicos procedentes del yacimiento Cueva de la Vaquera (Segovia)". *Zephyrus* XLI-XLII: 161-169.
- BARRIO, J. y RUBIO, I. 2002: "El yacimiento neolítico del Covacho de la Higuera (Patones, Madrid). Su valoración en el contexto de la Meseta". *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas* 12: 23-56.
- RUBIO, I. y BLASCO, M<sup>a</sup> C. 1988-89: "Análisis cerámicos de la cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia)". *Zephyrus* XLI-XLII: 149- 160.
- ZAMORA, A. 1976: "Excavaciones en la cueva de La Vaquera, Torreiglesias, Segovia (Edad del Bronce)". Segovia.

### Isabel Rubio de Miguel

Dpto. de Prehistoria y Arqueología  
 Universidad Autónoma de Madrid  
 28049-Madrid  
 Correo electrónico: isabel.rubio@uam.es

DIRK BRANDHERM (2003): *Die Dolche und Stabdolche der Steinkupfer- und älteren Bronzezeit auf der Iberischen Halbinsel. Prähistorische Bronzefunde Abteilung VI, 12 Band.* Frank Steiner Verlag, Stuttgart. Akademie der Wissenschaften und der Literatur, Mainz. 540 pp, 195 láms. y anexo. ISBN 3-515-07810-X

Este trabajo constituye el tomo 12, sección VI (puñales), de la serie alemana *Prähistorische Bronzefunde*, y presenta el corpus del material arqueológico metálico de puñales, espadas y alabardas de la Península Ibérica, así como un estudio tipológico y cronológico, con su documentación gráfica. El marco temporal se extiende desde los inicios de la metalurgia en el Calcolítico, hasta finales del Bronce Medio, comprendiendo los actuales territorios de España y Portugal. Se estructura con una larga introducción, a la que sigue la presentación del material en forma de catálogo ordenado por tipos, y toda la información detallada de cada grupo: funcionalidad, datación, asociaciones y distribución geográfica, así como resúmenes muy útiles en alemán, portugués y español.

La estructura de este enorme corpus es fiel a la establecida por la propia serie *Prähistorische Bronzefunde* (PBF), que tiene como finalidad la publicación de los hallazgos arqueológicos prehistóricos europeos en cobre y bronce por grupos de artefactos y regiones, dentro de un marco cronológico que va desde los inicios de la metalurgia, en el IV milenio a.C., hasta el siglo VI a.C. Esta serie, publicada mayoritariamente en alemán, supone una herramienta de investigación para el estudio comparativo en la Europa prehistórica, con una visión de larga duración. Actualmente, la serie alemana con base en Frankfurt, cuenta con 146 publicaciones, divididas en 19 secciones.

El catálogo de hallazgos de este volumen contiene 1760 piezas con 200 representaciones gráficas del grupo puñales-espadas-alabardas. Su ordenación por tipos, con identificación numerada de cada objeto, el apartado de ilustraciones y los listados complementarios, suponen una herramienta de trabajo de gran valor para el lector interesado. Además, la sistemática organización de los datos permite un acceso rápido a toda la información disponible.

El método de clasificación tipológica se basa fundamentalmente en los rasgos morfológicos referidos a la zona del empuñe, por ejemplo, el número de remaches, sus características formales y las posibles "estratigrafías" formadas por la superposición de sucesivos empuñes en la misma pieza, así como la forma de la zona proximal de la hoja. La morfología y contorno de la propia hoja sólo se tienen en cuenta en un segundo lugar debido al hecho de las reutilizaciones y transformaciones secundarias de uso.

La bibliografía es muy amplia (págs. 476-507), recogiendo títulos especializados hasta 1995, año en que se presentó como Tesis Doctoral. Desafortunadamente, los títulos publicados en los últimos ocho años transcurridos hasta su publicación actual se recogen en muy contadas ocasiones.

Varios listados diferentes facilitan la identificación de objetos por su lugar de hallazgo, por su tipología, o por su localización actual. Otros listados se refieren a las claves de las abreviaturas; esta práctica de utilizar abreviaturas propias del autor es algo que, aunque se justifica por la envergadura de la obra, no siempre facilita la lectura de la misma. Un listado numérico (págs. 473-474) hace referencia a los datos analíticos del proyecto alemán *Studien zu den Anfängen der Metallurgie* (SAM) con la composición elemental de algunas de las piezas recogidas en el catálogo. Además, un asterisco marca las piezas del catálogo que han sido analizadas y recogidas en la bibliografía hasta 1995.

La organización jerárquica de la división taxonómica permite la integración de nuevos hallazgos a esta tipología. La lámina 195 recoge el esquema de la evolución tipo-cronológica de las distintas formas de hojas desde el Calcolítico a finales del Bronce Medio. Existen *addenda et corrigenda* de este tomo en: D. Brandherm, "Porteurs des hallebards?" en: H.J. Beier (ed.) *Varia Neolithica III*, Beiträge der gemeinsamen Sitzung der Arbeitsgemeinschaften Neolithikum und Bronzezeit in Bamberg 2003 (e. p.).

La introducción comienza con aspectos básicos como datos climáticos y topográficos, y la división geográfica y cultural de la Península Ibérica. Se resalta la importancia de la división del espacio para comprender la distribución de los hallazgos y de las tendencias en la evolución diacrónica de las hojas dentro del territorio. También se contemplan los recursos, su accesibilidad, y la explotación minera del cobre en ciertas regiones, así como el emplazamiento estratégico de los asentamientos en función de los recursos, la proximidad costera o la cercanía a las redes fluviales.

Sigue una reflexión crítica de las fuentes historio-

gráficas, desde el hallazgo más antiguo de hojas en una mina de plata de Gudalcanal, Sevilla, en la segunda mitad del XVI, o la investigación fundamental de los hermanos Siret, hasta los trabajos recientes de los años noventa del siglo XX. Se destaca la situación poco homogénea de la investigación y las diferencias en el número de hallazgos según las distintas áreas peninsulares, debido a los diferentes desarrollos regionales. Por ejemplo, las numerosas necrópolis de la cultura de El Argar suponen una excepción, ya que otras zonas están escasamente representadas, entre otras razones por la ausencia de explotación agraria actual y de modificaciones artificiales de los cursos de agua. La extracción de turba, una importante fuente de hallazgos arqueológicos en los países más septentrionales, no es significativa en la Península.

*El Sistema Cronológico* (esquema resumen en la fig. 2). La terminología de Brandherm sólo se basa parcialmente en la terminología convencional. Su esquema cronológico se ha adaptado a las condiciones resultantes de su investigación, y así, efectúa modificaciones sobre los términos utilizados tradicionalmente por Schubart y Arteaga. Se prescinde de la división del Calcolítico según el esquema tripartito para las culturas de Vila Nova de São Pedro y Los Millares porque carece de fundamento fiable. Igualmente se prescinde de la diferenciación bipartita entre Argar A y B de Blance para el Sureste. El término Calcolítico se aplica a los contextos pre-campaniformes, mientras que los hallazgos campaniformes se sitúan en un Bronce Antiguo. Brandherm argumenta que no existe ruptura cultural entre el inicio del Campaniforme y el comienzo de la Edad del Bronce.

La propuesta terminológica se ajusta a una estricta distinción entre horizontes cronológicos, prescindiendo de ideas sobre un desarrollo cultural evolucionista en fases, y es la siguiente. Al Calcolítico (*Steinkupferzeit*), que no está dividido, sigue la Edad del Bronce (Ib=Iberische Bronzezeit o Edad del Bronce Ibérica) dividida en dos grandes fases: Edad del **Bronce Inicial** (*Ältere Bronzezeit*), que incluye La Edad del Bronce antiguo (*Frühbronzezeit*) (IBZA) y el Bronce medio (*Mittelbronzezeit*) (IBZB), y el **Bronce Reciente** (*Jüngere Bronzezeit*) que incluye el Bronce tardío (*Spätbronzezeit*) (IBZC) y el Bronce Final (*Endbronzezeit*) (IBZD). El Bronce Antiguo y el Bronce Medio aún se subdividen respectivamente en cuatro [(subfáse la más antigua (*älteste*) (IBZA 1a), subfáse más antigua (*ältere*) (IBZA 1b), más reciente (*jüngere*) (IBZA 2a) y la más reciente (*jüngste*) (IBZA 2b)] y dos fases [el Bronce medio más antiguo (*ältere*) (IBZB 1) y el Bronce medio más reciente (*jüngere*) (IBZB 2)]. Este esquema, reflejado en la figura 2, se basa en yacimientos polifásicos con ocupaciones de larga duración como Los Castillejos (LC), Cerro de la Virgen (CV), Fuente Álamo (FA), Zambujal (Za), Monclín (Mo) y Monturque (Mt).

Las huellas que presentan muchas de las hojas, correspondientes a una utilización continuada, sobre todo las observadas en la zona del enmangue, junto a las modificaciones debidas al uso, como el afilado, la

renovación de enmangues y otros arreglos, constituyen un patrón tipológico importante a la hora de establecer un sistema cruzado de cronología relativa para la Península Ibérica. Estas observaciones permiten, además, la ordenación cronológica de la morfología de las hojas según la secuencia de estas huellas del enmangue que después van a servir de elemento comparativo. Al margen de las frecuentes modificaciones secundarias de la hoja, el autor confirma, según la investigación anterior había establecido ya, que las hojas largas y estrechas son características de la fase avanzada del Bronce Inicial. Por el contrario, las hojas triangulares que se venían considerando características de armas antiguas, parece que tienen una circulación más prolongada de lo previsto.

Las peculiares características de la secuencia de huellas de enmangue han permitido establecer relaciones cronológicas directas, aún dentro de tipos bien definidos por elementos técnicos, como las hojas argáricas con remaches y las hojas de lengüeta de otras regiones. El presente trabajo caracteriza perfectamente el material arqueológico de una cultura según los rasgos establecidos; por ejemplo, muestra cómo las hojas del área nuclear argárica, en Almería y Murcia, presentan unas características diferentes a las de las hojas del área de Granada y Jaén, o a las de áreas más septentrionales. Se observa un cierto conservadurismo en el material de la Meseta y de ciertas regiones atlánticas, donde las formas tradicionales del Calcolítico mantienen su vigencia hasta el Bronce Medio. La utilización de hojas de lengüeta perdura a lo largo de casi todo el Bronce Inicial, cuando se debían conocer ya otras formas de enmangue, lo que demuestra su elección intencionada. Mediante el ejemplo de una hoja tipo Rumédon procedente de Pinhal dos Melos (Beira Alta), el autor nos muestra cómo se modificó mediante cincel la zona del enmangue, inicialmente preparada para remaches, hasta conseguir una lengüeta. Otro ejemplo que demuestra la preferencia intencionada de la lengüeta y el rechazo de los remaches, es el conjunto de materiales del círculo funerario Vilavella-Alios, donde los remaches están ausentes, hecho sorprendente sobre todo porque las hojas con remaches debieron conocerse en la zona del noroeste peninsular a través de las relaciones atlánticas con las Islas Británicas y Bretaña.

Las comparaciones regionales presentan patrones de comportamiento significativos, como la homogeneidad de tipos en la Meseta o cuenca del Guadalquivir, que contrasta con la heterogeneidad de las zonas costeras. El autor concluye que la uniformidad del interior se debe al tipo de economía y modo de vida transhumante en relación con los sistemas de comunicación, en tanto que en las zonas costeras se observa una organización espacial a menor escala, resultado de modos diferentes de intercambio y redes de contacto. Concluye, además, que en la zona del noroeste existían redes de intercambio independientes para los diferentes tipos de objeto.

En el estudio comparativo de las hojas peninsulares con las de otras regiones europeas, Brandherm

encuentra semejanzas entre las hojas de lengüeta pronunciada más antiguas, cuyos primeros ejemplos aparecen con cerámica campaniforme, y los hallazgos de la región danubiana; de ello deduce un origen foráneo. Por el contrario, serían de origen local las hojas de lengüeta tipo Ciempozuelo. Aunque también para estas últimas existen paralelos centroeuropeos, el autor señala su distribución específica y su relación con otros tipos de hojas. Este tipo de comparaciones y paralelos danubianos y circumalpinos genera problemas de paralelización cronológica; por ejemplo, las similitudes entre las tumbas principescas de la cultura de Aunjetitz y las tumbas ricas de El Argar no justificarían nunca la existencia de relaciones directas. Igualmente genera problemas la paralelización con los grupos del ámbito atlántico. Solamente parece posible una sincronización de las hojas del Bronce Medio más antiguo con el horizonte Arreton Down británico.

El siguiente apartado se dedica a tratar cuestiones de fabricación y huellas de modificaciones secundarias, considerando el objeto como "socio-facto", y teniendo muy en cuenta el desarrollo tipológico, se tratan temas de uso y función social. En estos aspectos funcionales se separan los puñales, espadas y cuchillos de las alabardas; se distingue entre unidades funcionales como objetos de tocador, cuchillos, armas para pinchar, armas para cortar y armas de prestigio, aunque no siempre es evidente una funcionalidad unívoca, ya que gran parte del material ha sufrido modificaciones secundarias en la forma de la hoja y del empuñamiento. Parece difícil determinar la diferencia entre cuchillos y puñales, y las hojas pequeñas se excluyen del grupo de armas. El autor destaca aquellos pocos casos en los que es posible determinar exactamente la función de la hoja como herramienta para cortar carne, comprobado a través del contexto del hallazgo en tumbas con huesos de animales que presentan huellas de corte.

El autor propone un modelo funcional para las alabardas basado en analogías procedentes de fuentes históricas chinas que describen la utilización de alabardas para decapitar o cortar miembros del adversario durante el combate. En este sentido, el autor interpreta la estela de Viana do Cruzeiro, Quinta da Veiga, como la de un guerrero que lleva una banda de protección en el cuello en un combate con este tipo de arma. Por supuesto, entre las alabardas existen armas de prestigio que no parecen útiles para combatir. Su forma de deposición presenta algunas particularidades que difieren del resto de las hojas. Brandherm destaca las diferencias tipológicas regionales y los cambios en la forma de deposición a lo largo del Bronce Inicial, así como la cantidad y concentración de hallazgos y la destrucción intencionada del extremo distal en algunos ejemplares. Las formas de deposición en el norte de Portugal, por ejemplo, parecen estar en relación con fuentes o cursos de agua. En comparación con los depósitos de otras regiones europeas, en la Península Ibérica desconocemos el fenómeno de la acumulación de grandes cantidades de armas, de donde se deduce que la producción, distribución y valor del metal, así

como los sistemas de comunicación, transcurren por otros derroteros. En general, parece que la Península Ibérica se diferencia de otras regiones en su desarrollo y en la adopción de nuevas influencias y corrientes culturales foráneas. Esta posición fuertemente conservadora se muestra también en la tardía adopción de la aleación cobre-estaño, así como la de nuevos elementos tipológicos. La tecnología compleja de fundición y la generalización del bronce solamente se hace patente durante el Bronce Reciente, momento en el que los diferentes grupos del Bronce Inicial son sustituidos por otros.

Después de la larga introducción sigue el corpus de materiales, en forma de catálogo descriptivo y explicativo, con sus respectivas láminas, ordenado según criterios formales. Las láminas 1 a 110 presentan hojas en aleación de base cobre, y una de serpentina, así como láminas de revestimiento de empuñamiento en oro y pomos de hueso y cuerna. La lámina 111 muestra moldes de fundición en piedra para la fabricación de hojas. Las láminas 112 a 121 muestra representaciones de puñales, espadas y alabardas sobre estelas o en arte rupestre. Los mapas de distribución de los distintos grupos de artefactos figuran en las láminas 122 a 166. Las láminas 167 a 190 presentan conjuntos de hallazgos con hojas, resaltando el contexto y las asociaciones en inventarios de tumbas o depósitos. Las láminas 190 a 194 complementan a las anteriores con representaciones sobre estelas en piedra que aportan información sobre el modo de llevar las armas. Finalmente, la lámina 195 es una visión de conjunto con el esquema tipológico-cronológico del desarrollo del material estudiado.

Queremos destacar que el autor ha documentado personalmente la mayoría de las hojas recogidas en el presente trabajo, en varios viajes de investigación a Museos y colecciones; además recoge aquellos materiales hoy desaparecidos (págs. 435-444). Este trabajo personal y las observaciones detalladas de las huellas de fabricación, modificaciones secundarias y secuencias de huellas sobre el empuñamiento, asegura una información y documentación homogénea y detallada, haciendo de este volumen una herramienta de comparación fiable. Los dibujos e ilustraciones, en su mayor parte realizados por el personal de la PBF sobre esquemas del autor, son de gran calidad. Todos los objetos están representados a escala 2:5 con vista frontal y dos secciones.

*La Organización Tipológica.* Para esta ordenación el autor recurre fundamentalmente a las características de la zona del empuñamiento y en menor medida a la forma de la hoja, estableciendo una terminología propia para las distintas formas de huellas que identifica (figura 3): omega baja; omega; omega alta; arco; cerradura; omega trapecoidal; omega triangular; arco bajo; omega con ángulo; doble omega; circular. En el esquema de la figura 4 se representan ejemplos con la secuencia de superposiciones de huellas en los empuñamientos de algunos objetos. El resumen comparativo de la figura 5 contiene las periodizaciones tradicionales establecidas por distintos autores, con su tipología y

terminología respectivas. Se distingue así entre hojas con entalladuras, con lengüeta y con placa de empuñadura, para puñales, espadas y alabardas, según Siret, Leisner y Leisner, Cuadrado, Blance, Carrasco Rus y otros, y Lull. Análogamente, las alabardas se representan en la figura 6, según Cuadrado, Schickler, Blance, Schubart, Lull y Carrasco Rus y otros.

Como resumen diremos que el volumen comentado, dedicado al estudio en profundidad de la cultura material de la Edad del Bronce en las distintas regiones de la Península Ibérica, tiene como objetivo fundamental la elaboración de una tipología y una cronología sin olvidar aspectos culturales y geográficos. En esta publicación se presenta por primera vez un corpus completo de este material metálico con ilustraciones que han sido realizadas a la vista de cada uno de los objetos, lo que avala el profundo conocimiento que posee el autor, no sólo del material sino de la problemática de la Edad del Bronce en nuestro territorio y fuera de él. Además del carácter exhaustivo del trabajo, destacamos la novedad de considerar las huellas de fabricación y las modificaciones secundarias de los empuñaduras como parte de los datos a tener en cuenta, ya que las propuestas anteriores se limitaban al estudio de los grupos regionales. Los trabajos más recientes sobre la metalurgia en la Península se han centrado en menor medida en el estudio del material arqueológico y su clasificación tipológica, y han hecho hincapié en las reflexiones teóricas en torno a los contextos socioeconómicos.

La división propuesta al separar puñales de alabardas y las nuevas ideas interpretativas sobre el desarrollo de este grupo, con toda la información detallada para cada artefacto, es el objetivo cumplido con creces por el autor. Por el contrario, las divisiones y subdivisiones de tipos no están suficientemente claras; en todo caso, creo que el material no justifica una atomización tan extremadamente detallada, lo que parece reflejar la opinión personal del autor, más que una realidad arqueológica. El lector tiene la posibilidad, al menos, de comprobar la propuesta tipológica en el corpus.

El presente volumen ofrece una ingente cantidad de materiales de los actuales territorios de España y Portugal en lengua alemana, lo que no es norma pero sí mayoría en el conjunto de los corpus publicados por la colección PBF. Debemos lamentar la dificultad que supone su difusión ante el hecho de que gran parte de los investigadores españoles y portugueses no dominen esta lengua.

**Barbara Armbruster**  
UMR 5608  
Maison de la Recherche  
Université de Toulouse le Mirail  
5, allées Antonio-Machado  
F-31058 Toulouse Cedex  
Correo electrónico:  
barbara.armbruster@univ-tlse2.fr

IGNACIO CLEMENTE, ROBERTO RISCH y JUAN F. GIBAJA (Eds.): *Análisis funcional: su aplicación al estudio de sociedades prehistóricas*. BAR Internacional Series 1073. Oxford, 2002. 319 pp. ISBN 1-84171-452-6.

El presente libro recoge la publicación de las actas del *I Congreso de Análisis Funcional de España y Portugal* celebrado en Barcelona en noviembre de 2001. Por iniciativa de los editores se reunió a los especialistas peninsulares en el tema con el fin de potenciar el conocimiento mutuo y desarrollar estas líneas de investigación que ofrecen datos y perspectivas de gran interés en el estudio de la Prehistoria. La rápida publicación de la reunión permite además dar visibilidad al resto de investigadores ajenos al análisis funcional de los avances y resultados conseguidos por este grupo de investigadores y, sobre todo, mostrar las potencialidades que esta metodología arqueológica posee. Es de destacar el esfuerzo por evitar la denominación "huellas de uso", término que limita el contenido del Análisis Funcional en el sentido amplio que la reunión quiso ofrecer y que los editores explican en el primero de los 29 artículos que contiene el libro. En él se enumeran claramente finalidad y contenidos en un texto bilingüe (español e inglés), por lo que los comentarios siguientes pretenden únicamente destacar algunos de los muchos elementos de interés, aún a pesar de la perspectiva pesimista que Assumpció Vila realiza en su revisión historiográfica (capítulo 2).

Aunque de manera desigual, es posible encontrar aplicaciones a muy distintas materias primas empleadas para fabricar los objetos. En todas ellas queda clara la necesidad de la experimentación y el uso de referencias etnográficas para interpretar los rasgos observados; interpretación que no siempre es concluyente y precisa, pero que sin duda supone un paso más en el conocimiento de las actividades económicas de los grupos humanos en el pasado. He indicado anteriormente la variedad de materias primas implicadas, pero el término no incluye los propios restos humanos que también registran las actividades físicas que generaron productos determinados y que presentan modificaciones consecuencia del trabajo realizado (capítulos 10 y 28).

Aunque la principal aplicación hasta la fecha ha sido la industria lítica, sobre todo en sociedades cazadoras-recolectoras, como claramente queda reflejado en la recopilación bibliográfica realizada por Ignacio Clemente (capítulo 29) también el análisis funcional tiene su aplicación en las sociedades productoras. Uno de los principales elementos en estas últimas es sin duda la cerámica, pero poco sabemos de la función y uso de estos contenedores. La investigación arqueométrica ha centrado su interés en aspectos de tecnología de fabricación y procedencia de la materia prima, y las clasificaciones tipológicas aplican nombres análogos a los actuales. Xavier Clop (capítulo 24) aborda el tema tratando de superar las limitaciones actuales consecuencia de planteamientos excesivamente tipológicos y señala el interés que los análisis arqueométricos tie-

nen al proporcionar la descripción de las cualidades físicas del material, básica para cualquier intento de explicación funcional. Estos estudios pueden, además, contrastarse a través del análisis de residuos que permite identificar las sustancias que contuvieron los recipientes. En el libro sólo un trabajo (capítulo 9) utiliza las posibilidades del análisis de residuos, centrado en una mano de molino, aunque su aplicación en España tienen claros antecedentes (por ejemplo Juan-Tresserras 1997 (1) y trabajos posteriores del mismo autor) no recogidos en la recopilación bibliográfica del capítulo 29. Sin duda, como apuntan Clemente, Risch y Zurro la combinación de los análisis de residuos con los de huellas de uso tendrá cada vez más presencia en la literatura arqueológica y no sólo del material macro-lítico al que se dedica su trabajo.

Hoy día es viable poder identificar restos de sangre y su adscripción, humana o no, en el instrumental lítico (Kooyman *et al.* 1992; Eisele *et al.* 1995), análisis que podrían aplicarse, por ejemplo, a las puntas de flecha que se recuperan en determinados sepulcros colectivos y que podrían deber su presencia al quedar alojadas en los cuerpos de individuos muertos. Este es el caso que se plantea en el sepulcro de Dos Rius (capítulo 23) donde se reconoce el uso de puntas de flecha a través de fracturas de impacto. Otro pequeño grupo, sin embargo, aparece en perfecto estado y con alta calidad de ejecución. Los autores justifican la posible dualidad explicativa (ajuar-herida) de la presencia de estas puntas de flecha, valorando también la opción de deposición como ajuar de piezas usadas.

El metal, otro de los materiales de gran peso en el registro arqueológico, ha contado con pocos estudios previos orientados a definir el uso real de las piezas. Como bien señala Carmen Gutiérrez (capítulo 25) la función se presupone a partir de la morfología del objeto, sin embargo hay muchas lagunas en esta definición genérica, como por ejemplo la distinción entre puñal y cuchillo o entre punta de flecha y de jabalina (caso de las Palmela). Los problemas de pátina y corrosiones limitan la aplicación del análisis funcional solo parcialmente, ya que existen suficientes indicios visuales (deformaciones, desgastes, reparaciones, melladuras...) para identificar su uso aunque la discriminación concreta de las actividades sea en general más improbable. En este sentido cabe reivindicar el papel que tiene la metalografía (Rovira y Gómez Ramos 2003) como herramienta para visualizar huellas de actividad y deducir algunos rasgos sobre la dureza de la materia sobre la que se actuó.

La experimentación es la base de los otros dos trabajos que también se refieren al metal. Para que los resultados obtenidos sean válidos es necesario un correcto planteamiento de partida y quizás este es el déficit del trabajo de Corina Liesau con las sierras. La compo-

sición del metal no es el único ni el principal factor que afecta a sus propiedades mecánicas. Utilizar una plancha laminada de cobre puro enmascara la realidad de la manufactura prehistórica donde los problemas de porosidad e inclusiones de óxido suelen ser elevados (la frecuencia puede verse en el reciente estudio de Rovira y Gómez Ramos 2003) restando homogeneidad al producto final. Pero el principal problema radica en la falta de valor comparativo de los resultados obtenidos si se quiere medir la efectividad superior o no de un metal sobre otro. En igualdad de condiciones un bronce al 10 % siempre será más duro que un cobre arsenicado al 2%. Como los manuales de metalurgia dicen, el trabajo de forja endurece siempre el metal, más cuanto mayor sea la reducción de espesor. El experimento publicado compara un cobre de plancha laminada, un cobre arsenicado fundido e intensamente forjado (reducción del 50 %) y un bronce fundido (sin tratamiento mecánico). Por tanto el resultado, aunque para los editores resulte sorprendente, no puede cuestionar "las explicaciones convencionales de la sustitución de una aleación por otra" (p.10). Por usar una frase coloquial y desde un punto de vista mecánico se ha querido comparar uno de los mejores cobre arsenicados con uno de los peores bronces. Si en la manufactura de la sierra de bronce se hubiera reducido su espesor en el mismo porcentaje que la de cobre arsenicado su dureza pasaría de entorno a los 100 HV (76 HR, plenamente coincidente con la aleación del 10 % Sn en contra del comentario de la autora) a cerca de los 250 HV (valores estimados a partir de los datos de Tylecote 1976), frente a los 140 HV que tiene la arsenicada. Sin embargo, los resultados obtenidos hacen reflexionar sobre las funciones de estas herramientas: ¿pudo merecer la pena dedicar más de 20 minutos a cortar una rama de olivo (una de las materias elegidas para la experimentación) de solo 3,5 cm de diámetro? Teniendo en cuenta las longitudes de hoja del material arqueológico conocido y que las pocas sierras de la Edad del Bronce hasta ahora estudiadas presentan durezas muy heterogéneas, con valores medios entre 80-120 HV, no parece que serrar madera fuera el uso preferente.

La replica experimental de la espada de La Perla (Madrid) (capítulo 27) vuelve a incidir en la importancia del trabajo de forja en la elaboración de herramientas o armas, y la combinación de ésta y el recocido para evitar la fractura. Otro punto vital para el correcto funcionamiento es el empuje, tema poco valorado en la literatura sobre metales prehistóricos. Hay que destacar que los remaches de puñales, espadas y albardas son siempre de sección circular, y no cuadrangulares, que según los autores garantizan una mejor fijación. Por último, es interesante el tipo de doblez que se genera en la hoja de la espada cuando el golpe es penetrante, ya que ese tipo de curvatura se identifica en ejemplares del Depósito de Puertollano (Fernández y Rodríguez 2002).

Finalmente, la aplicación de nuevas tecnologías informáticas como el tratamiento digital de imagen tiene su cabida como herramienta para objetivar las huellas de trabajo. Los capítulos 6 y 7 abordan las

(1) Juan-Tresserras, J. 1997: *Procesado y preparación de alimentos vegetales para consumo humano. Aportaciones al estudio de fitolitos, almidones y lípidos en yacimientos arqueológicos prehistóricos y protohistóricos del cuadrante NE de la Península ibérica*. Tesis doctoral. Universidad de Barcelona.

posibilidades de estos estudios aplicados al sílex y rocas volcánicas respectivamente. Es importante reconocer el diferente tratamiento estadístico que cada una de las materias primas requiere para obtener resultados positivos, lo que implica la necesidad de realizar para cada una de ellas trabajos de contrastación de cada uno de los atributos que describan los elementos de textura. Este trabajo previo es imprescindible al igual que ha sido y es la experimentación para el reconocimiento de huellas de uso. La aplicación del tratamiento estadístico en las imágenes digitales no es original y se ha utilizado en numerosas investigaciones arqueológicas, y según la bibliografía aportada en estos capítulos del libro hay publicaciones con más de una década de antigüedad (Grace 1989) incluso en España (Vila y Gallart 1991). El desarrollo del software y hardware en esta última década ha agilizado las posibilidades de cálculo y sobre todo de obtención de imágenes digitales, pero los medios disponibles no lo son todo.

Coincido en la valoración de Roberto Risch (p 21) de que el análisis funcional tiene mucho que aportar a la investigación arqueológica. Confiemos en que el deseo de los editores de continuidad futura de las líneas de investigación abiertas sea cumplido y que pronto podamos tener la convocatoria del segundo Congreso, y que este cuente con un mayor número de aportaciones.

- EISELE, J.A., FOWLER, D.D., HAYNES, G. y LEWIS, R.A. 1995: "Survival and detection of blood residues on stone tools". *Antiquity* 69 (nº 262): 36-46.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. y RODRÍGUEZ DE LA ESPERANZA, Mª J. 2002: "Los depósitos de armas en el Bronce Final: un nuevo hallazgo en Puertollano (Ciudad Real)". *Trabajos de Prehistoria* 59(2): 113-133.
- GRACE, R. 1989: *Interpreting the function of stone tools. The quantification and computerisation of microwear analysis*. BAR International Serie 474. Oxford.
- KOOYMAN, B., NEWMAN, M.E. y CERI, H. 1992: "Verifying the reliability of blood residue analysis on archaeological tools". *Journal of archaeological Science* 19(3): 265-269.
- ROVIRA, S. y GÓMEZ RAMOS, P. 2003: *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. III Análisis metalográficos*. Madrid.
- TYLECOTE, R.F. 1976: *A history of metallurgy*. London. editorial
- VILA, A. y GALLART, F. 1991: "Aplicación del análisis digital de imágenes en Arqueología: el caso de los micropulidos de uso". En A. Vila (coord.): *Arqueología-CSIC*. Madrid: 131-139.

### **Ignacio Montero Ruiz**

Dpto. de Prehistoria

Instituto de Historia (CSIC)

C/ Serrano, 13. 28001-Madrid

Correo electrónico: imontero@ih.csic.es

ALFREDO MEDEROS MARTÍN, VICENTE VALENCIA AFONSO, GABRIEL ESCRIBANO COBO: *Arte rupestre de la Prehistoria de las Islas Canarias*. Dirección General de Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias (colección Estudios Prehispánicos, 13). Santa Cruz de Tenerife, 2003. 349 pp. ISBN: 84-7947-350-9.

Entre las últimas aportaciones a la serie de *Estudios prehispánicos* que publica la Dirección General de Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias se encuentra la monografía *Arte rupestre de la Prehistoria de las Islas Canarias*, realizada por tres investigadores que cuentan con una notable producción escrita a sus espaldas: Alfredo Mederos Martín, Vicente Valencia Afonso y Gabriel Escribano Cobo. De los tres autores, Vicente Valencia posee cierta experiencia en el estudio de los grabados rupestres de Canarias. Los otros dos autores, aunque han publicado algunos trabajos sobre el tema, han trabajado más en otras líneas de investigación, por lo general en artículos firmados en colaboración, que abarcan buena parte de los temas que ofrece la Prehistoria canaria, en una dispersión investigadora que no tiene precedentes en la historiografía canaria.

El objetivo principal de esta obra debemos adivinarlo a través del prólogo que realiza Antonio Beltrán (pp. 15-22), ya que el estudio carece del exigible capítulo introductorio en el que se definen los límites del trabajo, principales objetivos y estado actual de la investigación sobre el tema. Señala el veterano Catedrático de la Universidad de Zaragoza que la obra es una síntesis de una de las manifestaciones culturales más interesantes del Archipiélago Canario. Lo que sucede es que, para los que acostumbramos a acercarnos a las novedades editoriales con el ánimo de leer nuevas propuestas sobre viejos temas, esta obra constituye una absoluta decepción, y aporta muy poco a lo que otros autores explicaron en la monografía *Manifestaciones rupestres de las Islas Canarias*, publicada por la propia Dirección General de Patrimonio Histórico en 1996.

Para empezar, el título del libro es discutible (en parte la introducción de Beltrán incide en alguno de los aspectos problemáticos que éste encierra), aunque no menos discutible es la propia estructura de la obra. Como ya hemos señalado anteriormente, carece de una obligada introducción en la que sus autores justifiquen la necesidad de esta obra, sus límites, metodología y, lo que es más importante, el estado actual del tema estudiado. Los autores prefieren empezar la obra con un primer capítulo dedicado a "los precursores" (pp. 23-55), que es tanto como decir las referencias escritas sobre los grabados rupestres de Canarias desde Leonardo Torriani (siglo XVI), hasta una fecha indeterminada, que aunque los autores no precisan, podríamos situar, a tenor de lo leído en este libro, a mediados del siglo XX. A este capítulo sigue otro que, de forma un tanto brusca, rompe con el hilo argumental, al centrarse en los aspectos relativos a la legislación, conservación y difusión de los grabados rupestres de

Canarias (pp. 57-79). En este capítulo, si cabe más que en otros, consideramos que sobra el afán descriptivo y falta un análisis de las causas que explican el grave deterioro que éste está sufriendo dicho patrimonio, particularmente los grabados rupestres, y las soluciones alternativas que proponen los autores para solucionar el problema.

Pasado el trance de explicar los aspectos legislativos, conservacionistas y de difusión del patrimonio arqueológico canario, los autores nos introducen en un capítulo dedicado al estudio de los lugares utilizados por las poblaciones prehispánicas de Canarias para realizar la mayor parte de los grabados e inscripciones rupestres, mezclando la información arqueológica con las referencias escritas en lo que los historiadores canarios solemos llamar "Crónicas" (pp. 81-101). Sigue a éste el capítulo dedicado a los aspectos tecnológicos de los grabados (soportes, técnicas de ejecución y pátinas), que los autores liquidan en poco más de quince páginas, repletas de ilustraciones (pp. 103-118). En el quinto capítulo de la obra se resumen los principales motivos representados en los grabados, siguiendo la clasificación tradicional de motivos geométricos, figurativos y alfabéticos (pp. 119-135), aunque inexplicablemente estos últimos aparecen analizados en un capítulo aparte, el sexto, dedicado a los grabados alfabéticos (pp. 137-159).

Más discutible aún es la presencia de dos capítulos en el cuerpo central del trabajo, dedicados a las estelas decoradas (pp. 161-173) y a los ídolos y betilos (pp. 175-207), sobre todo este último, cuando los autores hasta ese momento sólo han prestado atención a los grabados y letreros alfabéticos. Se nos antoja como un capítulo introducido en última instancia en el que, sin orden ni concierto, se listan los testimonios conocidos de esculturas en piedra, incluidos objetos tan controvertidos como la totémica (para algunos) piedra zana. El noveno capítulo (pp. 209-221) está dedicado a las cuevas pintadas de Gran Canaria, pese a que el título escogido para denominarlo ("Cuevas pintadas", aunque en el índice de la obra aparece simplemente como "Pinturas"), podrá inducir a cualquier lector poco informado que éstas también existen en otras islas.

Llegados a este punto, y después de más de doscientas páginas de descripción, parafraseado e intercontextualización (que diría Racionero), de lo que otros autores han dicho con mejores palabras y más argumentos, alcanzamos el obligado capítulo dedicado a las conclusiones (pp. 223-306). Sorprende el abultado número de páginas, más de ochenta, dedicadas a las conclusiones del estudio. Sin embargo, una lectura atenta nos confirma que se trata de un nuevo capítulo dedicado a la descripción de las interpretaciones y cronologías que se han realizado sobre los grabados rupestres en la segunda mitad del siglo XX. Dicho en otras palabras, en el capítulo de las conclusiones los autores del libro enlazan con la redacción del primer capítulo de la obra y se ocupan ahora, en el último capítulo, del repaso historiográfico más reciente. Sólo las dos últimas páginas de este capítulo (pp. 304-306), tituladas bajo el epígrafe de "Epílogo" (*sic*), nos ofre-

cen las reflexiones personales de los autores de la obra, parte de cuya complejidad queda bien plasmada en este párrafo que citamos a continuación, conservando la puntuación original:

"Como tercera premisa, antes que un trabajo erudito e interpretativo para especialistas de unas manifestaciones artísticas y religiosas, a cuya interpretación última resulta, de momento, imposible trascender, y por tanto demostrar científicamente, y de cuyo significado los cronistas y primeros historiadores coetáneos a la conquista tampoco nos dan información útil que nos ilumine, tratamos de mostrar que la Historia de la Arqueología en Canarias, por el interés que siempre ha despertado el Arte Rupestre, ha girado de una manera constante alrededor de él, por su propia espectacularidad en comparación con otras manifestaciones arqueológicas más cotidianas de los aborígenes canarios, siendo raro que un especialista de la Prehistoria de Canarias, tanto español —sea canario o peninsular— como extranjero, no los haya valorado, en particular por las implicaciones cronológicas que se deducía antes del descubrimiento de la datación por carbono 14 en 1949 y las primeras fechas obtenidas para Canarias a partir de mediados de los años sesenta del siglo XX" (pp. 305-306).

Cierra la obra una amplia bibliografía de más de veinte páginas (pp. 307-324), seguida de una útil recopilación de artículos publicados en la prensa canaria sobre el Arte Rupestre de las islas (pp. 325-349), posiblemente la mejor contribución de este libro para los investigadores, habida cuenta del protagonismo que ha tenido la prensa escrita en la investigación arqueológica en Canarias, incluso en épocas recientes.

No menos interesante es el abultado número de ilustraciones que posee este libro de 349 páginas. En efecto, la obra tiene casi trescientas ilustraciones, la mayoría de ellas a todo color, de las cuales 131 son a toda página (el 37,53 % del libro) y 85 ocupan media página (el 24,35 % del libro). En suma, dejando a un lado el prólogo de Antonio Beltrán y la bibliografía, sólo hay dos páginas de toda la obra, precisamente las dedicadas al "Epílogo" antes aludido, que carecen de una sola ilustración. Esto, que podría constituir uno de los aspectos más interesantes del libro, se torna en discutible cuando se observa que la mayoría de las ilustraciones ya ha sido publicada en otras monografías y colecciones editadas por la propia Dirección General de Patrimonio Histórico. Más discutible aún es la galería de retratos que jalona las páginas de la obra (en total, 27 fotografías), entre los que incluyen los de pioneros como Verneau o Chil y Naranjo, junto con estudiosos del pasado siglo como Elías Serra o Juan Álvarez Delgado, y algunos investigadores en activo. Mención aparte merece el retrato oficial de Rodolfo Virgilio Afonso Hernández, a la sazón Director General de Patrimonio Histórico, entre noviembre de 2001 y julio de 2003, si no es para testimoniar la gratitud de los autores por haber respaldado la publicación de esta obra (la segunda publicada, en menos de uno año, por Alfredo Mederos y Gabriel Escribano en la colección de *Estudios prehispánicos*). Finalmen-

te, no acertamos a comprender la obsesión por reproducir las portadas de libros (17 fotografías más) suficientemente conocidos por los investigadores, entre otras cosas porque la mayoría de ellos han sido publicados en los últimos veinte años.

Sin embargo, el mayor problema de las ilustraciones de este libro no radica en su excesivo número, ni en su discutible interés para el tema que se estudia en la obra (por ejemplo, la de la página 54, entre otras), sino en el hecho de que la mayoría de ellas carezcan de una escala gráfica que permita al lector hacerse una idea cabal de las dimensiones de un grabado, del tamaño de unos caracteres esgrafiados sobre la piedra o de un ídolo de piedra. Los autores podrán esgrimir en su defensa que la mayoría de las ilustraciones son obra de otros autores o que pertenecen al archivo fotográfico de la Dirección General de Patrimonio, pero ello no es óbice para que en un estudio que aspira a ser una obra de referencia se incluyan estos elementos de normalización en la ciencia arqueológica. Viendo esta obra nos vienen a la mente las palabras que el agudo Serra Ràfols le dedicaba a Sebastián Jiménez Sánchez al reseñar en la *Revista de Historia Canaria* una de sus obras, lamentando la costumbre del arqueólogo grancanario por publicar los dibujos y fotografías de las piezas estudiadas sin contar con ninguna referencia gráfica de su tamaño. Ahora, pasado el tiempo del amateurismo en la investigación arqueológica, se hace necesario cuidar este tipo de detalles, máxime cuando las dimensiones de los materiales estudiados no están explicitadas en el texto que acompañan las ilustraciones (o viceversa). Peor aún es que se hayan colado en la obra errores que sonrojarían a cualquier investigador, como sucede en la página 155 del libro, donde se reproduce a página completa una fotografía con el siguiente pie: "Inscripción líbica de Tejeleita (Valverde, El Hierro)". Dejando a un lado, por no extendernos más, la obsesión de los autores por desterrar el concepto de escritura líbico-bereber, unánimemente aceptado por la comunidad científica internacional, lo que debe descartarse es que dicha fotografía produzca una "inscripción líbica" (*sic*). En efecto, basta con girar 90° la fotografía para poder leer con claridad el texto esgrafiado en tiempos recientes por alguien que visitó el lugar antes que los autores: "Yo las vi" (con acento gráfico incluido).

En suma, la monografía *Arte rupestre de la Prehistoria de las Islas Canarias*, publicada por el Gobierno de Canarias sin escatimar recursos, aporta muy poco a la investigación científica sobre el Arte Rupestre de las Islas Canarias, en la medida en que constituye un *collage* de trabajos ya publicados por otros autores, acompañado de un aparato gráfico que, por innecesario, se nos antoja excesivo en una obra publicada a expensas del erario público. Todos coincidimos en que Canarias necesita una mayor implicación de sus autoridades políticas en la gestión y defensa de su Patrimonio Histórico, pero la publicación de obras como ésta no constituye la mejor muestra de que ello se esté haciendo. Somos conscientes de que, en los tiempos que corren, son muchos los investigadores que se ven en la necesidad de publicar cuanto pueden, debido a la

enfermiza costumbre de algunos evaluadores y tribunales de oposición por confundir cantidad con calidad. Sin embargo, organismos públicos como la Dirección General de Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias, deberían cuidar mucho la línea editorial de sus colecciones, utilizando criterios como el *peer review* y el arbitraje externo, que tan buenos resultados producen en aquellas revistas científicas que los aplican. Sólo de esta forma defectos formales y de fondo como los analizados en esta reseña podrían haberse corregido en esta monografía. O podría haberse evitado a las arcas públicas la edición de una obra absolutamente prescindible.

### Manuel Ramírez Sánchez

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.  
Dpto. de Ciencias Históricas.  
Campus del Obelisco. 35001 Las Palmas.  
Correo electrónico: mramirez@dch.ulpgc.es

---

AA.VV. (2003): *Territorio y Patrimonio. Los Paisajes Andaluces*. Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico. Junta de Andalucía. Sevilla. ISBN: 84-8266-389-5.

Si se me permite la excentricidad, recomendaría al lector o lectora potencial de este libro que, por una vez, empiece las cosas por el final e inicie su lectura echando un vistazo a las tres últimas páginas. Ahí encontrará una útil referencia descriptiva de los 23 volúmenes monográficos (*Cuadernos y Cuadernos Técnicos*) que el Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico (organismo de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía) lleva publicados desde 1992. Si consideramos que, en los doce años transcurridos desde entonces, esta institución ha venido publicando además su *Boletín* con una periodicidad que en los últimos tiempos ha sido trimestral, nos daremos cuenta de la extraordinaria contribución que las publicaciones del IAPH vienen realizando dentro del campo de la gestión del Patrimonio Histórico en nuestro país (y no estoy teniendo en cuenta otras publicaciones monográficas más ocasionales no incluidas en las dos series antes citadas). Creo que de esta forma se podrá contextualizar de forma adecuada el tema y contenidos del volumen *Territorio y Patrimonio. Los Paisajes Andaluces*, una obra colectiva que recoge las aportaciones realizadas por una serie amplia de especialistas en distintos campos técnicos, científicos y artísticos en una reunión celebrada en octubre de 2001 en Sevilla, dentro de una serie de publicaciones anteriores relativas a temas como la catalogación, conservación, intervención o difusión del Patrimonio Histórico.

Una primera particularidad del libro es que, como el título especifica bien claramente (y en este aspecto no llama a engaño), su ámbito de referencia se circunscribe a Andalucía, tanto por la experiencia y filiación profesional de sus autores y autoras como por los temas tratados. En cierto sentido ello puede restar inte-

rés a especialistas o colegas de otras regiones españolas o de otros países (algunas de las contribuciones tratan temas específicamente andaluces), pero creo que, en honor a la verdad, ello no debe ser necesariamente así. Con alguna excepción concreta, la mayor parte de los capítulos del libro abordan cuestiones con un suficiente nivel de generalización como para que el lector o lectora no interesado en la casuística patrimonial andaluza encuentre vetas intelectuales lo suficientemente amplias como para abrir sus propias galerías de inspiración, reflexión y crítica.

La segunda característica de este libro que debe ser destacada es la heterogeneidad de temas y de enfoques que presenta. Por una parte, hay varias aportaciones que comparten de forma genérica un interés por el problema de la inserción del paisaje (en su acepción patrimonial) dentro del ámbito de la ordenación territorial, esto es, en el marco de una problemática fundamentalmente política, legal y administrativa. Un segundo grupo de contribuciones se interesa por la reconstrucción de determinados aspectos paisajísticos en periodos históricos recientes (época medieval, moderna y contemporánea) con aportaciones de historiadoras e historiadores del arte. Finalmente, un tercer grupo de trabajos están enfocados desde la óptica de la visión artística de los paisajes andaluces (“miradas creativas”). Así, el libro asume una amplia transdisciplinariedad que va más allá de lo estrictamente académico o científico, realizando una audaz propuesta de diálogo entre investigación científica y creación artística. Ciertamente, por tanto, no se trata de un volumen centrado en el Patrimonio Arqueológico, ni en la Arqueología ni en la Prehistoria: las dos primeras son abordadas en algunos de los trabajos de forma más o menos directa, aunque no así la tercera, que destaca precisamente por su ausencia, lo que, como espero argumentar a continuación, creo que constituye uno de los principales defectos del libro.

En el primero de sus bloques temáticos (“los paisajes andaluces y su valor patrimonial”) encontramos una serie de reflexiones relativas a la integración de los elementos patrimoniales y los paisajes culturales en la dinámica de explotación y uso de un territorio que, como el andaluz, no solo muestra una importante complejidad de partida por su extensión y diversidad física y humana, sino que está además marcado en la coyuntura histórica actual por poderosos intereses económicos (inmobiliarios y agro-industriales) y por complejas dinámicas sociológicas. En este sentido, tanto F. Zoido (p. 17) como P. Salmerón (p. 33) plantean las bases de un enfoque sostenible abogando, ante todo, por una gestión de los elementos patrimoniales del paisaje que parta de la forma de vida de sus propios habitantes actuales. Algo que, no por parecer perfectamente razonable, resulta menos complejo de llevar a la práctica: como afirma Salmerón, “los problemas [de la gestión de los paisajes culturales] deben ser atendidos con herramientas de gestión adecuadas para ofrecer una verdadera apuesta para sus usuarios [o] de lo contrario aparecerá otro tipo de paisaje banalizado, socialmente despojado.”

La complejidad de la tarea es, evidentemente, formidable, con implicaciones epistemológicas, socio-económicas, legales y jurídicas de muy distinto tipo y de gran alcance. Para encontrar un botón de muestra de las diferencias de enfoque que pueden darse no hay que ir demasiado lejos. Así, para mejorar la calidad de ordenación y gestión de los paisajes andaluces, Zoido propone que, en primer lugar, se considere al paisaje “por sí mismo, sin confundirlo con los otros hechos a los que generalmente se asocia, como los ecosistemas o el patrimonio cultural” (p. 20). Si al paisaje se “restan” los ecosistemas y el patrimonio cultural ¿qué queda? Desde el punto de vista del análisis arqueológico es difícil no ver en muchos de los paisajes de una región como Andalucía (con un poblamiento humano de gran antigüedad e intensidad) todo un “patrimonio cultural”. La intensidad de la manipulación ecológica, con prolongados fenómenos de introducción y extinción de especies vegetales y animales, procesos de clareamiento y deforestación con tecnologías cada vez más agresivas, y con la articulación de infraestructuras agropecuarias (terrazas, canalizaciones, desmontes, vías de paso), durante varios miles de años, hacen del cultural un componente tan *inherentemente* asociado a la noción de paisaje, que resulta imposible entender cómo se puede gestionar éste separándolo de aquél. Quizás un ejemplo fácilmente comprensible para la experiencia empírica de la Geografía derive de las investigaciones geo-arqueológicas que en el último decenio han puesto de manifiesto hasta qué punto las líneas de costa de la Andalucía actual son en parte producto y resultado de procesos de sedimentación en parte potenciados por las actividades agrarias que las comunidades humanas llevan a cabo cada vez con mayor intensidad e impacto a partir del Neolítico (Arteaga Matute y Hoffmann 1999). A este respecto, como prehistoriador, entiendo que una debilidad importante del planteamiento propuesto en esta sección del libro deriva de la ausencia de un verdadero enfoque diacrónico de la génesis y formación de los paisajes andaluces actuales. La teoría geográfica sobre las relaciones grupo-medio tiende a infra-estimar efectos que la acción humana ha tenido sobre sus entornos, abordando el problema sin la necesaria diacronía –un ejemplo en Cloke y otros (1991).

Pasando al segundo de los bloques temáticos del libro (“fundamentos históricos de los paisajes andaluces y de su percepción”), encontramos dos trabajos relativos a los paisajes medievales (F. Roldán Castro y M. Valor Piechotta), un tercero dedicado a la imagen renacentista de los paisajes andaluces (A. Morales), y un cuarto dedicado a la visión de Andalucía desde los viajeros ilustrados (A. López Ontiveros). En realidad, estos cuatro trabajos, como también los que plantean J. Fernández Lacomba y M. A. Vázquez Medel en la siguiente sección (“miradas creativas”) comparten claramente su interés por lo que me atrevería a decir constituye uno de los temas predilectos de la historiografía tradicional andaluza, esto es, el de la imagen proyectada por Andalucía en los viajeros y visitantes extranjeros en épocas históricas recientes.

Trátese de un geógrafo como al-Idrisi en el siglo XII, de un dibujante como J. Hoefnagel en el XVI, de un viajero como R. Ford en el XIX, o de una intelectual como M. Yourcenar en el XX, la imagen de los paisajes andaluces ha ejercido en los visitantes un efecto fascinador a lo largo de los siglos. Por mucho que se trate de un tema que ha generado una enorme literatura también en relación con la cultural española en general (Núñez Florencio 2001), el hecho de que ocupe un espacio más bien desproporcionado dentro de este libro invitaría a algunas reflexiones. Me limitaré, sin embargo, a constatar únicamente el candor rayano en el narcisismo y la autocomplacencia con que el asunto es abordado por varios de los autores del libro. Tan solo en el trabajo de M. A. Vázquez Medel encontramos un esfuerzo sincero por contrapesar las “loas” y “exaltaciones” de los paisajes andaluces según las “miradas” (confortablemente distanciadas) de los visitantes extranjeros, con otros enfoques que se detienen con más aplomo en aspectos paisajísticos menos idílicos tales como la pobreza, el atraso o la ignorancia de sus pobladores.

El tercero y último de los apartados del libro (“miradas creativas sobre los paisajes andaluces”) ofrece una oportunidad de aproximarse a los planteamientos que los creadores de formas y sensaciones artísticas pueden proponer con respecto al tema del libro. La interesante discusión planteada por J. Fernández Lacomba en la primera parte de su trabajo (en la segunda insiste en el tema de la imagen de Andalucía entre los viajeros, solapándose de hecho con los contenidos de la sección anterior) se sitúa dentro de las premisas epistemológicas del discurso fenomenológico: “para que un paisaje exista la primera condición es nuestra propia mirada, la segunda condición es nuestro espíritu, nuestro talante o condición psicológica...” (p. 177). Se trata de un planteamiento familiar en la literatura arqueológica de la última década, según el cual, como es bien sabido, los fenómenos estudiados

(no solo el paisaje) son, esencialmente, actos radicalmente subjetivos de conciencia y de apreciación estética. Incluso reconociendo la aportación y el valor que este enfoque ha tenido en nuestra disciplina, es difícil aceptar el tipo de reduccionismo al absurdo, de corte tautológico, implícito en la premisa de que el paisaje es “un acto mental” (p. 177). ¿No es posible, en última instancia, reducir todas las cosas humanas a actos mentales de percepción y conocimiento? ¿En qué ayuda semejante premisa en la construcción de un conocimiento relativo a un mundo real que existe ahí fuera, con total independencia de nuestras sinapsis y neurotransmisores?

En conjunto, creo, se trata de una obra interesante, con un planteamiento original, que incluso en sus carencias (por ejemplo la total ausencia de la Prehistoria), nos ayuda a entender un poco mejor las fortalezas y debilidades del conocimiento científico y legal que la sociedad actual está produciendo sobre los paisajes y territorios que se extienden por nuestro pasado.

- ARTEAGA MATUTE, O. y HOFFMANN, G. 1999: “Dialéctica del proceso natural y sociohistórico en las costas mediterráneas de Andalucía”. *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 2, 13-121. Cádiz. Universidad de Cádiz.
- CLOKE, P.; PHILO, C. y SADLER, D. 1991: *Approaching Human Geography. An Introduction to Contemporary Theoretical Debates*. London. Paul Chapman Publisher.
- NÚÑEZ FLORENCIO, R. 2001: *Sol y Sangre. La Imagen de España en el Mundo*. Madrid. Espasa

**Leonardo García Sanjuán**

Dpto. de Prehistoria y Arqueología

Universidad de Sevilla

María de Padilla s/n. 41004-Sevilla. España

Correo electrónico: lgarcia@us.es